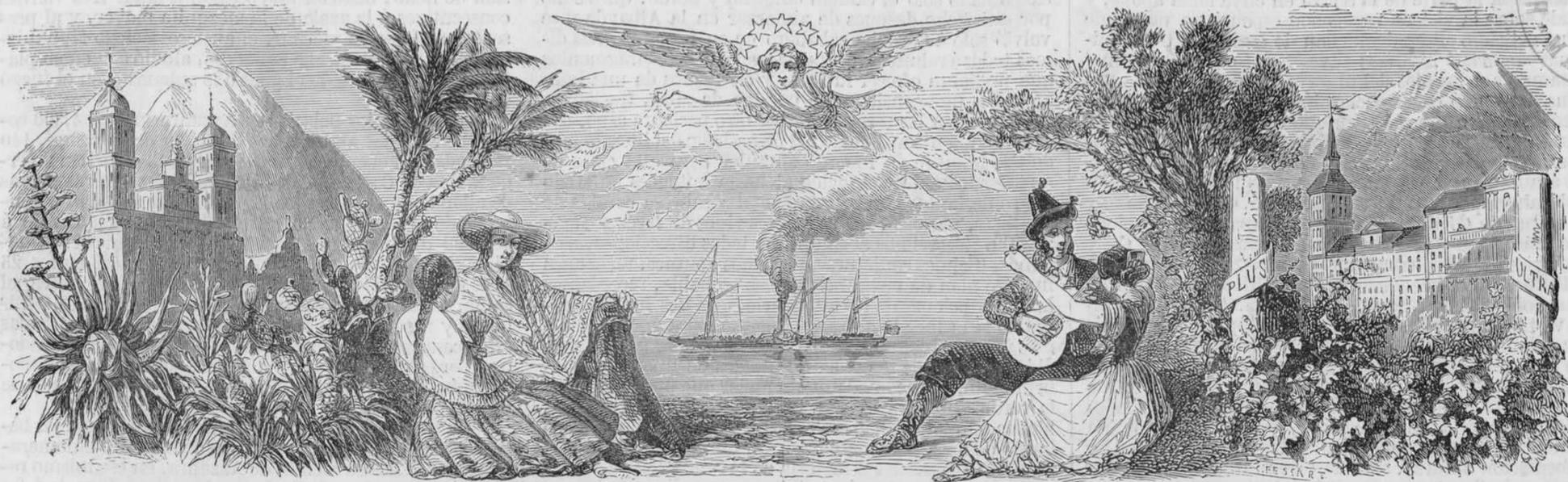


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1856. — TOMO VII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
 Administración general, calle del faubourg Montmartre, n.º 10, en París.

AÑO 15. — N.º 158.

SUMARIO.

Campo de Sefér-baja, en Batum; pontones donde acuartelan á los prisioneros rusos heridos, en el puerto de Constantinopla; grabados. — Recuerdos de una excursión por la Sierra de Córdoba. — A ella. — La niebla. — Las islas de los Príncipes y el campo de los prisioneros rusos; grabados. — Viaje del Cygne de Lyon á Constantinopla; grabados. — Revista de París. — Exposición Universal de la Industria. — El almirante Bruat; grabados. — Valeriano. — Exploración del río de las Amazonas. — Peregrinación de la Meca; grabados. — El montero. — Regreso de los peregrinos de la Meca; grabado.

RECUERDOS DE UNA EXCURSION

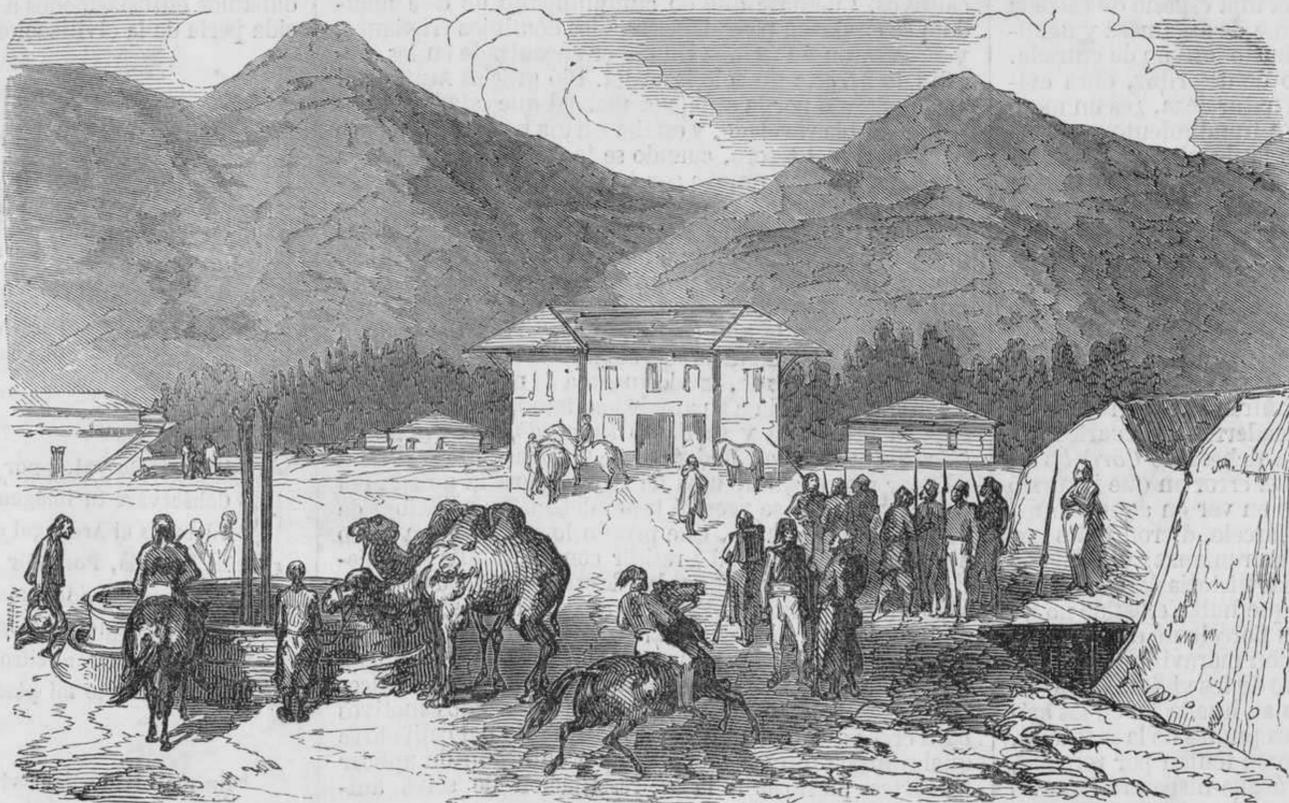
POR LA

Sierra de Córdoba.

II

MEDINA-AZZAHRA.

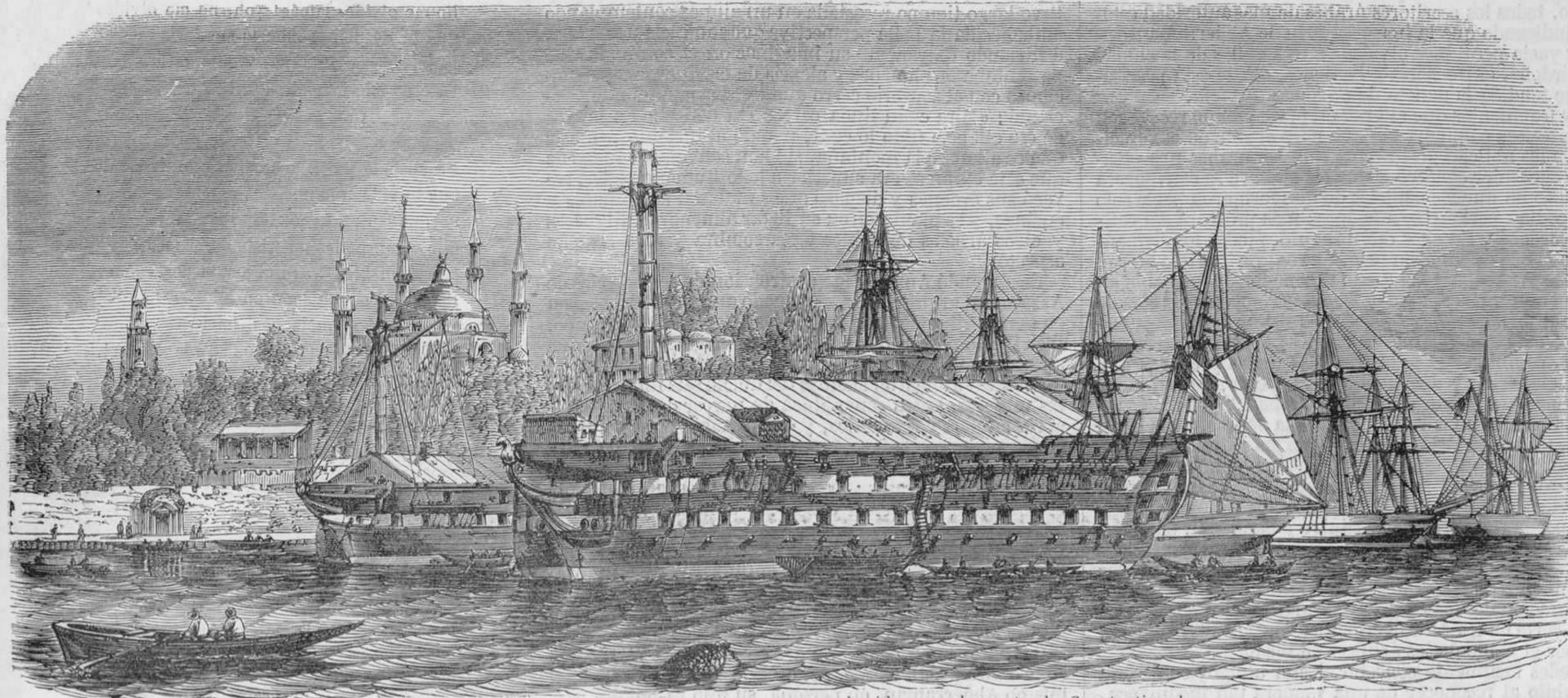
Con toda la fuerza del sol, y no poco fatigados



Campo de Sefér-baja, en Batum.

de bajar y subir barrancos, si bien ménos asendereados de lo que temimos por algunos breves y deliciosos descansos que hicimos en las encantadoras y embalsamadas umbrías de *Vallemoso* y *Valparaiso*, llegamos al famoso convento de San Gerónimo de la Sierra, edificación suntuosa del decimoquinto siglo, que, segun antiguas memorias, se erigió aprovechando los preciosos materiales de un castillo que habia á la falda de la misma montaña que sirve de respaldo al monasterio.

Donde estaba ese castillo hay una dehesa vulgarmente llamada *Córdoba la vieja*. El deseo de reconocer las ruinas que en ella describieron Ambrosio de Morales y otros no ménos juiciosos escritores, nos echó pronto fuera del monasterio geronimiano, donde no



Pontones donde acuartelan á los prisioneros rusos heridos, en el puerto de Constantinopla.

hallamos un solo capitel que no hubiera sido reformado por el cincel moderno, y á la media hora de bajada nos encontramos hollando el terreno apeteido.

La dehesa de *Córdoba la vieja*, que á los ojos del vulgo no es mas que un llano descampado con leves sinuosidades hácia la parte de la Sierra en cuya falda apoya, y donde sobre la viciosa vegetación espontánea propia de aquel delicioso clima descuellan de trecho en trecho algunas encinas é higueras silvestres, se descubre inmediatamente á los ojos del observador atento como vasta ruina de alguna construcción importante, y á los del arqueólogo como precioso depósito de una de las páginas mas interesantes del libro monumental: página lastimosamente despedazada, mas no del todo perdida. Merced á nuestra natural incuria, por regla general deplorable, ahora por excepción beneficiosa, conservanse hoy las ruinas de *Córdoba la vieja* próximamente en el estado mismo en que se hallaban á fines del siglo XVI y principios del XVII, cuando nos las describían el cronista de Felipe II y el licenciado Diaz de Ribas, sin saber de cuan noble cadáver hacían la filiación. Algunos preciosos vestigios que ellos vieron han desaparecido; quizás han sido cubiertos por la lenta crecida del terreno. Lo que hoy allí principalmente se advierte es una elevación de forma rectangular y superficie llana, de unos ciento setenta pasos de longitud, con declives por los tres lados de Oriente, Poniente y Mediodía, y por el Norte unida á la Sierra con varios montículos de forma irregular, no de formación natural, sino de escombros, en que fácilmente se hallan trozos de piedras bellamente labradas, lastres de mármol rotos y otros objetos, con solo remover la masa pulverulenta que cubre la yerba. En el centro mismo del límite meridional de la alta planicie que domina la llanura, hay un hueco cubierto de espesa maleza, como indicio de haber existido allí alguna puerta, y desde este punto de la esplanada parte recta al Mediodía por lo bajo de la campiña una especie de calzada que finaliza en un objeto informe de argamasa y mampostería, pié tal vez de algun robusto torreón de entrada. La singular planicie que acabo de describir, obra evidente de los hombres y no de la naturaleza, ¿es un mero terraplen ó es el resultado de un hundimiento que conserva quizá intacta la planta baja de alguna construcción palaciana? ¿Quién podrá hoy saberlo? No faltan allí por cierto reliquias de otras grandes construcciones, y cuando otra cosa no hubiera, bastaría un soberbio ramal de acueducto que sale del costado de Oriente de la indicada plaza en dirección Sudoeste, todo revestido interiormente de durísima costra de betun liso y bruñido como escayola, para persuadirse de la gran probabilidad de poder exhumar en este paraje muchos tesoros del arte.

Es verdaderamente cosa de admirar que no hayan ántes de ahora conocido nuestros modernos anticuarios qué clase de ruinas eran las que la dehesa de *Córdoba la vieja* encerraba. Obcecados por el error en que incurrió Ambrosio de Morales, obstinado en ver en aquel campo las reliquias de la Córdoba de Marcelo, dieron todos por supuesto que aquellas ruinas eran romanas; y al mismo tiempo, noticiosos á medias por las historias árabes puestas nuevamente á la moda, de que había existido no lejos de Córdoba, en la época mas floreciente del califado, una residencia real de construcción maravillosa, que había sido la admiración y asombro de los viajeros de todas las naciones, buscaban con afán su huella ya en las orillas del Guadalquivir, ya en otros puntos de la montaña, sin advertir que lo que sin exámen tenían por romano, era cabalmente reliquia del arte árabe-hispano en su mas brillante y esplendorosa manifestación. Nadie se imaginaba que los restos de los palacios mas sorprendentes que vió la España musulmana, estaban sepultados en una dehesa de un mayorazgo de provincia. Y sin embargo, todos los escritores árabes de mas autoridad estaban indicando que la hermosa joya de Abderraman-Anasir yacía perdida y olvidada á tres millas de la ciudad de Córdoba, entre Norte y Poniente, donde está precisamente tendida la dehesa de *Córdoba la vieja*.

Los fragmentos que allí por mi propia mano recogí son una preciosa confirmación que hace el arte de la veracidad de las noticias geográficas que los árabes nos legaron: cualquier conocedor que los observe se convencerá al punto de que los edificios de que formaron parte solo han podido pertenecer á la época mas próspera del califado cordobés. En ellos están reunidos todos los elementos de la ornamentación mas bella y graciosa que creó el Oriente y regularizó el genio razonador de los pobladores del archipiélago: las *postas* que remedan las olas de la mar; los *meandros* ó grecas de listones que se interrumpen y cortan en ángulos rectos; los *enlaces* ó *entrelazos*, combinación feliz de líneas rectas y curvas que imitan las trenzas del cabello de la mujer; las *palmetas* en que con la mayor donosura alternan hojas agudas y hojas obtusas, unas replegadas hácia dentro, otras hácia fuera, imitación del *loto* asirio y de las palmas fenicia y tebana; el *acanto silvestre*, tan parecido á la hoja del punzante cardo; el *tubipán* y la *flor de loto*, graciosa importación del arte de Persépolis, al cual fué comunicado por la arquitectura de Nínive y Babilonia. Capiteles hay por último allí medio enterrados, que podrían sostener la competencia con los capiteles corintios del famoso monumento de Lisérates, y que están pregonando una restauración del mas puro gusto artístico llevado á cabo en la corte de los Amires andaluces durante los siglos IX y X por el genio de los artifices de Bizancio.

Puedes fácilmente concebir, lector amigo, cual sería mi júbilo al reconocer de una manera tan inequívoca, confirmada por el testimonio conteste del arte y de las historias árabigas, que el terreno que estaba pisando era

el mismo en que habían tenido lugar las escenas mas románticas y novelescas, mas interesantes, mas grandes é importantes, mas memorables é inauditas de que conservan memoria las tradiciones y los anales del califado andaluz. Comunicado á mis compañeros mi entusiasmo, exceptuado solo el catalán chiquito y gordo, que se dió por satisfecho despues de almorzar en la Albayda y se volvió solo á Córdoba caballero en su jumento, nos dimos todos á rebuscar piedras labradas y otros fragmentos que pudieran ofrecer interés, y en ménos de una hora apilamos una considerable porción de ellas, trasladándolas luego á los serones en que otro paciente asno, allí oportunamente aparecido por disposición del literato cordobés, hombre de ingenio singular para esta clase de sorpresas, había conducido al hasta entonces ignorado teatro de tantas glorias una frugal y sabrosa comida de fiambres, pasteles, frutas y ricos vinos de Jerez y Manzaniella. Recorrimos el campo en todas direcciones, medimos, hicimos conjeturas, tomamos apuntes, formamos nuestro plan de restauración mas probable, recordamos las descripciones de los anticuarios que nos habían precedido sin saber lo que analizaban, disputamos, charlamos mucho, hicimos grande ejercicio, y por último rendidos y llenos de fé en los resultados de nuestro descubrimiento, nos acomodamos lo mejor que pudimos sobre la verde alfombra de una pradera vecina en torno del blanco mantel tendido en la yerba y repentinamente cubierto de apetitosos manjares. Allí fué el referir yo á mis amables comensales la historia de la fundación de la maravillosa Medina-Azzahra, tal como en diversas leyendas árabigas la he aprendido: historia sabrosa que recopilaré aquí lo mas fielmente que pueda para solaz é instrucción de mis lectores.

El grande y generoso Abderraman-Anasir tenia una concubina que dejó al morir una inmensa riqueza, y el califa dispuso que se emplease toda en redimir muzlimes cautivos. Cuéntase que en cumplimiento de este mandato se enviaron pesquisidores á los dominios cristianos, y regresaron á Córdoba sin haber encontrado en las cárceles de *Afranc* un solo islamita. Dió gracias Annasir al Todopoderoso por la señalada merced que esta grata noticia le había revelado, y estaba un día pensando qué uso haría de aquel tesoro, cuando se le presentó la hermosa Azzahra, á quien amaba con ternura, y le dijo: «¿Por qué no edificas con ese dinero una ciudad para mí, y que lleve mi nombre?» Y Annasir que aventajaba á sus lustres predecesores en magnanimidad y gusto artístico, empezó á edificar desde luego á la falda del monte de la novia (*giebat al-arás*), que es ese mismo monte en cuya vertiente apoya la alta esplanada de *Córdoba la vieja*, á unas tres millas de distancia al Noroeste de la ciudad, el soberbio palacio que, unido luego á la población paulatinamente formada á su alrededor, tomó el nombre de la esclava predilecta y se llamó la ciudad de *Azzahra* (*Medina-Azzahra*). Redujéronse al principio las obras á edificar una elegante casa de recreo para la amada del califa, pero este se prendó tanto del nuevo edificio y de su deliciosa situación, que pronto lo convirtió en vasto alcázar, donde empezó á residir con su familia y mujeres, colocando en desahogadas dependencias toda su servidumbre y guardia. Era este alcázar de piedra, mármoles y jaspes, de hermosa traza, y por dentro espléndidamente decorado; y la imagen de la esclava, esculpida de relieve en oro, lucía con infracción del precepto alcoránico sobre la puerta principal. Hay muchos motivos para creer que en esta época tan brillante del califado se quebrantaba muy á menudo la prohibición de aplicar las artes plásticas á la representación de seres animados.

Cuentan tambien que cuando Azzahra se vió por primera vez sentada junto á su glorioso dueño en uno de los salones de aquella especie de palacio encantado, estuvo largo tiempo recostada en un ajimez contemplando embebecida la bella perspectiva que se ofrecía á su vista, é hiriendo de repente su imaginación el contraste que presentaba la blancura y alegría de las nuevas construcciones con el sombrío cerro que les servía de fondo, exclamó: «Mira cuán linda parece esa doncella en brazos de ese etíope.» Oído lo cual, mandó al instante Annasir que se allanase la montaña, si bien, convencido luego de que esta empresa era superior á todo humano poder, revocó sus órdenes y dispuso que se talasen sus pinares y encinas, y se plantasen en su lugar almendros, higueras y otros árboles de ménos tosca sombra y mas risueño aspecto.

Encomendó Annasir la construcción de los palacios de Azzahra al arquitecto mas afamado que había á la sazón en Constantinopla, emporio de las artes en aquel tiempo. Distribuyóse la obra en tres partes ó secciones. La que apoyaba en la montaña para los alcázares del califa, en los cuales se alojaron además del dueño seis mil trescientas mujeres, entre concubinas de mayor ó menor categoría, criadas y sirvientes, y donde había para las mismas trescientos baños. La inmediata al Mediodía para las viviendas de su servidumbre, eunuocos y guardias: comprendía 400 casas: los pajes y esclavos que mantenía el sultan en ellas eran 3750, los eunuocos y guardias 12,000, magníficamente vestidos, con espadas y cinturones dorados. A los pajes se pasaban diariamente 13,000 libras de carne, sin contar las gallinas, perdices y otra volatería, además de muchas especies de pescados. La tercera sección y mas desviada de la montaña, era para jardines y huertas que dominaban los alcázares.

Ocupáronse en estas grandes obras, desde el año 323 de la Égira (A.-D. 936-7), por espacio de muchos años, el mismo Abderraman en persona, su hijo Al-hakem, varios arquitectos y doce artifices cristianos de grande habilidad; y había además tres hombres entendidos comi-

sionados para traer mármoles de Africa, á quienes pagaba Annasir 40 dinares de oro por cada trozo ó fuste de mármol, grande ó pequeño, puesto en Córdoba. Era tan grande el placer que el califa experimentaba en dirigir por sí mismo las construcciones, que entregado á su pasión de lleno, llegó en una ocasión á faltar tres viérnes consecutivos á la azala de la mezquita mayor, y al presentarse el cuarto viérnes, el austero teólogo Mundhir-ben-Said, que predicaba aquel día, aludió á él en su plática, y delante de todo el gentío le amenazó con el fuego del infierno.

Entraron en los palacios de Azzahra mas de 4,300 columnas, traídas algunas de Roma, 19 de Narbona, 140 regaladas por el emperador griego, 1,013 de mármol verde y rosa de Cartagena de Africa, Túnez y otras playas de allende de el Estrecho; las demás sacadas de las canteras de Andalucía. El gasto ascendió anualmente á 300,000 dinares durante el reinado de Annasir, y habiéndose formado el cómputo del costo total en los 25 años transcurridos desde el 323 al 350 en que murió el califa, resultó haber gastado en aquellos palacios 7 millones y medio de dinares ó pesantes de oro. Hoy todas estas cosas nos parecen exageraciones de los historiadores, porque vivimos muy distantes de las grandes monarquías del Oriente, de las cuales fueron los califatos de Bagdad y de Córdoba los últimos remedos.

Sería tarea interminable el referir una por una las bellezas que el arte y la naturaleza de consumo aglomeraron en el delicioso recinto de Azzahra, en ese mismo recinto descampado y desnudo que hoy sirve de pasto á las toradas del marqués de Guadaleazar, y donde el día 27 de mayo del año 1853 cuatro amigos curiosos, sin mas testigos que un burrero, tres caballos, dos jumentos y los pájaros y animaluchos de la comarca, alucinados por una falsa esperanza, de esas que no se realizan jamás en los países que vegetan en el fango del positivismo, brindáramos entusiasmados á la restauración de la reaparecida perla de la civilización árabe-hispana.

PEDRO DE MADRAZO.

A ELLA.

(IMPROMPTU.)

Farewell! there's but one pang in death,
One only, — leaving thee!...
MRS. HEMANS.

I.

Me ausento ya!... por siempre en mi memoria
Conservaré tu imagen bendecida:
Tú serás el Arcángel de mi vida, —
Mi Estrella, Porvenir y Talisman.
Jamás me olvides, alma de mis sueños,
Ni inconstante me niegues tu ternura:
En tí, mi vírgen, cifro mi ventura,
Y en adorarte mi placer está!

II.

No me olvides jamás! recuerda siempre
Al que te adora delirante, ciego;
Al que se abrasa del amor al fuego
Cuando tus ojos divinales vé.
No me olvides jamás! ¡oh, no me olvides!
Que tu desden la muerte me daría: —
¡Ángel de paz, de luz, y de alegría,
Tú eres mi vida, mi florido Eden!...

III.

Me ausento ya!... mas vivo porque siento
Que tu vida á la mia está enlazada, —
Porque leo en tu cándida mirada,
Que comprendes mi triste corazón. —
Adios, mi bien!... Si el manto de la muerte
De súbito se extiende en mi carrera,
Por tí será la queja postrimera
Que allá en los mares confiaré la acción!...

J. M. TORRES CAICED

LA NIEBLA.

En buen hora vayas tú,
Mansa niebla fugitiva,
Con los bellos tornasoles
Que tu transparencia cria,
Con los tímidos reflejos
Con que la aurora matiza
La caprichosa inquietud
De tus formas infinitas.

En buen hora vayas, niebla,
Agitada y suspendida

Por los vuelos cariñosos
De la perfumada brisa;

Y trémula y afanosa,
Ya súbito desprendida
Finjas sobre el ancho mar
Ténues bandas amarillas;

O ya en sueltos pabellones
Vagando leve y tranquila,
De púrpura, nácar y oro
Lujosamente te vistas;

O ya en revuelto tropel,
Mal de tu grado indecisa,
Espiral incomprensible
Y maravillosa finjas:

O ya del viento acosada,
Y por el mismo tendida
Béses el cáliz pintado
De las tiernas florecillas;

O mansamente agitada
El vuelo del aura sigas,
Y del bosque gemidor
Los anchos contornos ciñas;

O ya alzándote orgullosa
Desde la pradera umbría,
Flotante penacho imites
Sobre la roca vecina.

En buen hora mansa niebla,
Tu inquieto camino sigas,
Mis ojos te seguirán
Mientras te alcance la vista.

Que ese misterioso vuelo,
Que tu existencia fatiga,
Algo para el alma tiene,
Cuando logra seducirla.

Y tal vez, tal vez, oh niebla,
Eres del alma querida,
Porque nuestro corazón
A lo que cambia se inclina.

Y así te adora y te sigue,
Porque compará tu vida
Con la amorosa inquietud
De sus dulces alegrías.

Leve sombra de la aurora,
Espejo donde se mira
Del amor ardiente y puro
Las ilusiones tranquilas...

Vuela en paz; y en la alta cumbre
Repite con voz sentida,
Lo que las aguas murmuran,
Lo que las flores suspiran.

José SELGAS Y CARRASCO.

Las islas de los Príncipes y el campo de los prisioneros rusos.

Un poco antes de encajonarse entre el promontorio *Kadi-Kewi* donde las casas de recreo y los jardines se disputan una estrecha lengua de tierra, y la famosa punta del Serrallo por cuyos muros ya no se ven caer en las aguas aquellos bultos de donde se escapaban suspiros humanos, un poco antes de ese paso mas allá del cual principia el Bósforo con todas sus bellezas orientales, el mar de Marmara está sembrado de un grupo de islas risueñas cubiertas de ricas plantas. Este grupo no se halla precisamente sobre el trayecto de los buques que van de los Dardanelos á Constantinopla; residencia de la paz y de los placeres reposa lejos de la corriente tumultuosa del comercio y de los negocios sobre el transparente cristal de un pequeño golfo al que dió su nombre en la antigüedad Chalcedonia, la ciudad del hijo de Chalcas.

Siete son las islas de los Príncipes. Una de ellas es el dominio misterioso donde un mortal dichoso, bajá turco, gran señor griego ó armenio, confina sus placeres, oculta sus placeres y mantiene su precioso rebaño de odaliscas; las seis restantes son ménos egoístas; su tier-

ra es de quien la compra, las casas de quien las fabrica, el aire y las flores de quien quiere disfrutarlos, y lo mas escogido de Pera y de Constantinopla acude allí á pasar algunos meses todos los veranos. Por último, algunos islotes, peñones áridos cortados á pico son de los pájaros del cielo, de las olas que mugen á su falda y de los pescadores de conchas.

Prinkipo, Oxeia, Nikandro, Kalki, Antigoa, Profi y Platea, tales son los nombres eufónicos de las siete islas de los Príncipes. Son unas tierras altas que el choque incesante de la mar, como en Sorrento, corta todos los días en derrumbaderos escarpados y rojizos. En lo alto de estos derrumbaderos poco elevados principia la cuesta mas suave de montañas cuyos flancos cubiertos de brezos olorosos, jaspeados de grupos de árboles verdes y con algunas calles de cipreses, están sembrados de casas que brillan de lejos al sol como chispas de oro sobre terciopelo. En algunas cúspides se ven conventos, y á lo largo de las playas bajas se aglomeran pintorescas aldeas y bonitas casas de recreo, que esmaltan las vertientes ó descuellan á través de las ramas de los árboles. En Kalki se ve una bonita aldea turca, con su mezkita, su gran cuartel, y su kiosko del sultán. El sultán tiene palacios y pabellones por todas partes, en las aguas dulces de Europa y de Asia, sobre todos los mares, en todos los valles pintorescos, y Abdul-Medjid aumenta su número diariamente elevando en vez de las grandes fábricas de madera de su padre, esos palacios de piedra y de mármol, tan adornados, tan festoneados, obras imposibles de clasificar, mezcla de renacimiento, de italiano, de gótico, de bizantino y de arquitectura antigua, orden sin nombre, que no obstante las imitaciones posee cierto carácter de originalidad.

En Prinkipo, la mayor y la mas frecuentada de esas islas, una pequeña poblacion se extiende hasta la punta, se esparce sobre su estrecha playa y se adelanta sobre sus primeras cuevas formando como una cornisa de habitaciones á sus derrumbaderos verticales. Las casas de madera pintadas de todos colores y mezcladas de árboles producen el efecto mas pintoresco, con sus pabellones y sus pisos superiores que sobresalen en la fachada como las torrecillas góticas de los castillos feudales. En el pueblo hay habitaciones particulares y algunas fondas, con la sencillez oriental, donde se está regularmente por poco dinero. De la cuesta de Prinkipo que mira á Constantinopla, como el Vesubio hace frente á Nápoles, se disfruta de un panorama asombroso: comprendo que en presencia de tales maravillas exclamara Lamartine en su *Viaje á Oriente*: « Comparar alguna cosa con ese gracioso y magnífico conjunto es injuriar á la creación. »

En los días calorosos del verano la isla duerme detrás de sus celosías, sus colgaduras de Persia ó de seda y sus esteras finas colgadas á las ventanas; pero cuando llega la tarde, cuando la brisa es mas fresca, y el sol próximo á desaparecer detrás de la costa de Europa ilumina con resplandores rojizos las nevadas cúspides del monte Olimpo de Bithinia, entónces las casas del pueblo, los vaporcillos, las embarcaciones venidas de Europa y de Asia arrojan sobre la playa oleadas de mujeres turcas, armenias y griegas, de hombres con turbante y albornoz con chaquetilla bordada y falda blanca, y hasta elegantes vestidos á la parisiense y que se destacan en negro entre ese mundo tan brillante de oro y colores. Aquí se prescinde de la luz del sol; la claridad de la luna es mas suave para los placeres; los cafés se iluminan y resplandecen con los rayos reflejados por los grandes utensilios de cobre que hay en la pared y por las caras del cristal de las pipas; luego de tiempo en tiempo una de esas luces de Bengala pálidas y brillantes á la vez que los turcos hacen con primor, se enciende de súbito y arroja sus claridades fantásticas hasta en los rincones mas oscuros. Allí hay un grupo de mujeres turcas y de niños rosados y regordetes sentados en el suelo sobre alfombras y almohadones; tienen delante algunos dulces, y mas de una boca femenina se aplica al ámbar de un chibúque de donde sale un humo perfumado: las mujeres se envuelven en el feredge, especie de manto de mangas largas, al cual va añadido un cuello largo que cae sobre la espalda como una casulla; las telas sean de lana ó de seda carecen de dibujos, pero tienen los colores mas tiernos y frescos. Al ver tantas mujeres en el suelo y tan adornadas, se diria un jardín de tulipanes esmaltando el pavimento. El celoso yachmak de muselina clara no es carcelero tan rígido que no deje ver un par de ojos negros rasgados y vivos.

El feredge abierto por delante y cruzado sin presilla, como la bata de un hombre, se entreaire á veces por coquetería y por descuido y deja ver un pecho opulento blanqueado por una ligera gasa; broches de diamantes montados en forma de sol, emblema querido del musulmán, brillan sobre el corpiño de seda adornado con terciopelos de oro y de plata; un rico cinturón rodea el tallo; un ancho pantalon ondea en torno de los muslos y cae un poco sobre el nacimiento de la pantorrilla desnuda; un botín de cuero amarillo flota sobre la pierna, y el pié calzado de este modo, agarra aun con las puntas de los dedos una babucha amarilla sin tacon; esta babucha con la cual anda la mujer con tanta destreza, se deja á la puerta de las casas y de las mezkitas para no manchar las alfombras de Persia ó de Esmirna con el polvo y el lodo de la calle.

Las mujeres armenias se distinguen de las musulmanas en que llevan un yachmak mas claro, un feredge mas oscuro y un calzado negro. Ignoro si el simple tul del feredge denota maridos ménos celosos ó mujeres mas coquetas, pero el hecho es que el yachmak de las

armenias blanquea el cútis sin ocultar las facciones, y da un atractivo mas á la curiosidad que despiertan esos rostros encantadores.

Las griegas suministran á las fiestas de cada noche su buena parte de embellecimiento; visten casi á la europea, ó por mejor decir, á la occidental, pero llevan una especie de mantilla negra casi á la española, ó un pañuelo de tela ligera con una franja de adornos de todas formas y colores que podrian tomarse por una guirnalda de pétalos de flores revoloteando sobre las trenzas. La mujer griega ha conservado algo de la hermosura y de la regularidad antiguas; pero esa hermosura se ha vuelto un poco dura y salvaje; son unas Vénus que han desertado los bosques de Cítrea por los olivares de las playas desiertas, y cuyos maridos son piratas y bandidos, y no aquellos amantes de la naturaleza y de las artes, de lo bello bajo todas sus formas.

Por último, las mujeres de Pera representan la Europa en la sociedad revuelta de las islas de los Príncipes: son las modas francesas desnaturalizadas por un gusto dudoso, la pompa de los colores tan apetecida por los meridionales, de modo que al ver en las primeras horas del día á una mujer con todas sus galas de seda, de cachemiras, de gasa y de alhajas se creeria que se vistió el día antes y que no ha vuelto aun á su casa despues de haber pasado la noche en alguna fiesta.

¿ Y qué diré de los hombres? Casi nada, sino es que las mujeres van casi siempre solas, y los maridos por otra parte, sobre todo entre los turcos. Diríase que no son dignos de poseer mujeres tan admirables, sino se supiera que esas preciosas criaturas son beldades plásticas que el amor físico puede idolatrar; pero casi todas incapaces de sembrar en el hogar doméstico el perfume de su inteligencia, de su conversacion, de sus ligeras pero amables y graciosas observaciones. El turco vive al lado de su mujer, en vez de vivir con ella como nosotros. Algun marido galante todavía, y mas á menudo algún enamorado, suelen dar una serenata á un grupo de mujeres; cuatro ó cinco músicos forman corro en torno de las beldades que el amante quiere festejar, y la orquesta al aire libre principia el concierto. Uno sopla en un clarinete chillon; otro lanza aire oblicuamente en una flauta de caña; otro rasca con su arco una especie de vejiga que tiene sobre una rodilla como una pequeña viola, y por último, otro se moja el dedo y toca alegremente una pandereta. De tiempo en tiempo algun músico acompaña á la orquesta con un canto extraño, chillon, gangoso, en el que se oyen repetir por intervalos algunos motivos originales que no se parecen á nada de lo que conocemos.

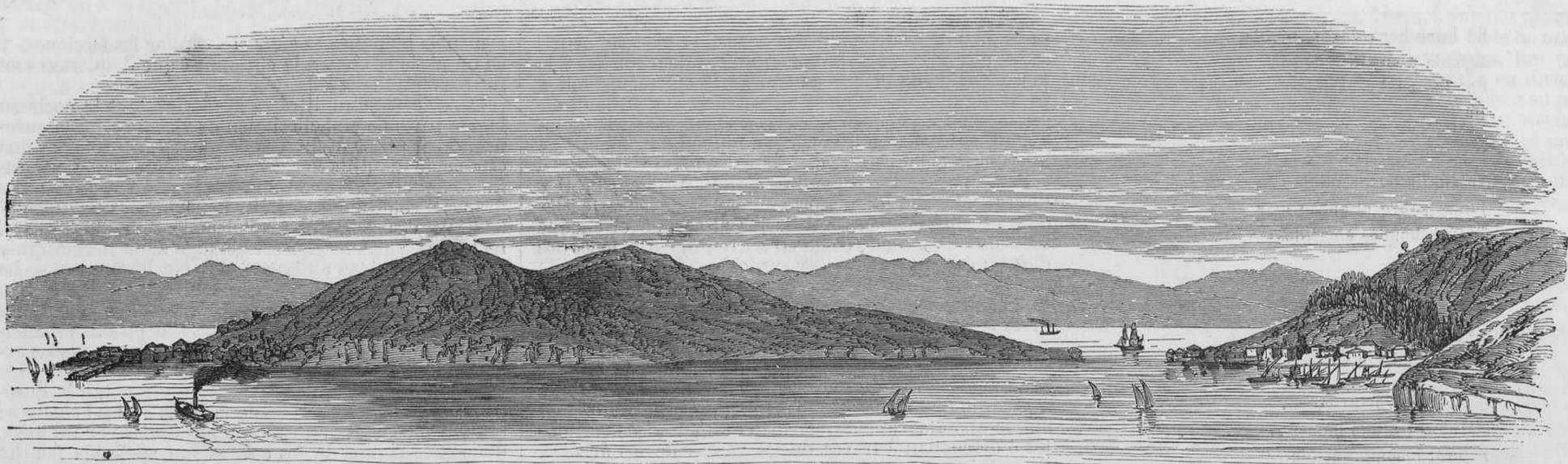
Toda esa gente toma alguna cosa en los cafés ó en las tiendas abiertas en la calle. El pobre se contenta con roer una mazorca de maiz cocida en el caldero popular; la tacita de café á dos cuartos es tambien accesible á todo el mundo; otros recrean su paladar con el *rachtekum*, especie de salchicha de azúcar con almendras, con el grasiento *baklava*, con sorbetes de mantecado á dos cuartos, ó en fin con el *malhebi*, especie de requeson de arroz regado de esencias. Los mas hambrientos se arrojan sobre el pilaf, arroz cocido con carnero y envuelto en hojas de parra, ó mandan cortar tajadas de asado.

Si las risas y los placeres residen en las islas de los Príncipes, la salubridad las habita tambien. Los enfermos van á respirar allí un aire puro y tónico, sin ser demasiado excitante, y en su suelo se calma la efervescencia, se disipa la languidez y se recobran las fuerzas.

Todas esas escenas se descubren principalmente en la punta de la isla que se adelanta hacia el Asia, y sobre sus cuevas que hacen frente á Constantinopla; el lado del Sudeste mas solitario presenta únicamente algunas cuevas cubiertas de vegetacion y que terminan en derrumbaderos al borde de las aguas. Aquí tenemos las tiendas del campo de los prisioneros rusos. Por intervalos el viento que atraviesa la montaña puede llevarlos con los perfumes de las plantas aromáticas algun fragmento de los cantos de la isla; pero la voz del mar y las quejas del viento entre las hojas forman el concierto ordinario á cuyo ruido se duermen por la noche. Esta isla con el cautiverio y la tristeza por una parte y la libertad y los placeres por la otra, es una buena imagen de la guerra, con sus grandezas y miserias, su gloria y su nada, los himnos de los vencedores y el llanto de las madres; — *bellaque matribus detestata*, como decia Horacio.

El campo de los prisioneros rusos se estableció en Prinkipo á mediados de setiembre. Compónese de dos grupos de tiendas que blanquean entre las zarzas y bajo los árboles á la orilla de las peñas. A pocos minutos de distancia, una casa grande de madera que se ve en nuestro dibujo, ocupa el fondo de una pequeña ensenada, á la cual llega cada dos días un vaporcillo encargado de mantener la comunicacion, de llevar las raciones y de recibir á los enfermos destinados á los hospitales de Constantinopla. Este cuerpo de edificio contiene una enfermería provista de veinte camas, abastecida de los medicamentos necesarios y donde bajo la direccion del Sr. doctor Morazzani, los enfermos son tratados con el mayor esmero. La administracion, los oficiales de las cuatro compañías encargadas de guardar á los rusos, habitan igualmente el edificio, que contiene una iglesia griega para los prisioneros.

Los soldados rusos, que serán unos tres mil, tienen libertad para pasearse por la parte septentrional de la isla; pero el acceso de la poblacion les está prohibido por un cordon de centinelas; los oficiales, por el contrario, prisioneros bajo palabra, pueden andar por toda la isla y viven en buenas casas y en una fonda entera que han tomado. La administracion les suministra los mue-

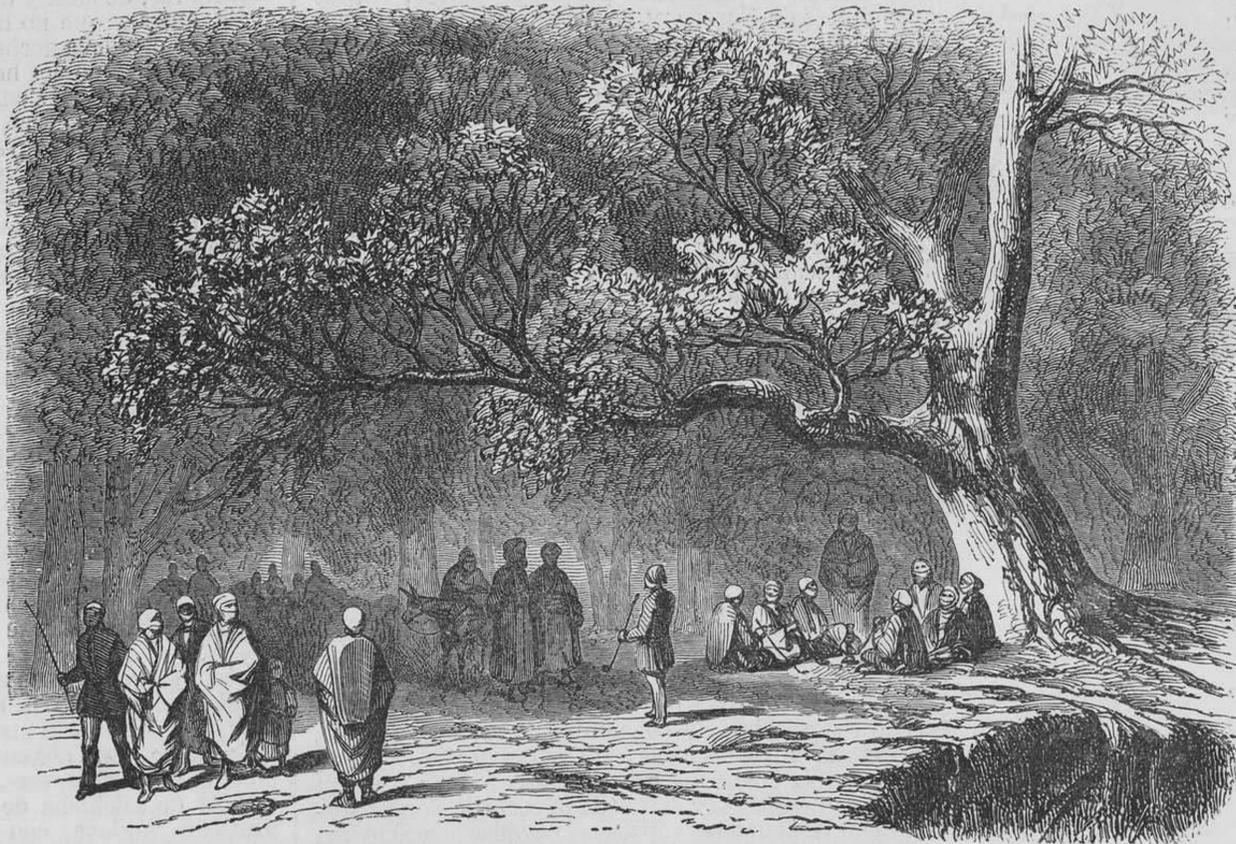


Las islas de los Príncipes, en Constantinopla.

bles indispensables, y les da como á los oficiales franceses, racion y media de víveres por dia; el gobierno suministra además una paga mensual de 100 frs. para los oficiales subalternos, y de 200 para los oficiales superiores. Estos son cuatro: dos mayores, un teniente coronel y un capitán de fragata; los oficiales subalternos son 60.

La alimentacion de los soldados rusos prisioneros se arregló en un principio por la de la tropa francesa, pero no se habia contado con su apetito sorprendente. El estómago de los hombres del Norte necesitaba una pasta alimenticia mas nutritiva y abundante; así han aumentado hasta un kilogramo los 75 gramos de pan que tiene el soldado francés.

Los prisioneros rusos son hombres pacíficos; si los oficiales rusos son por

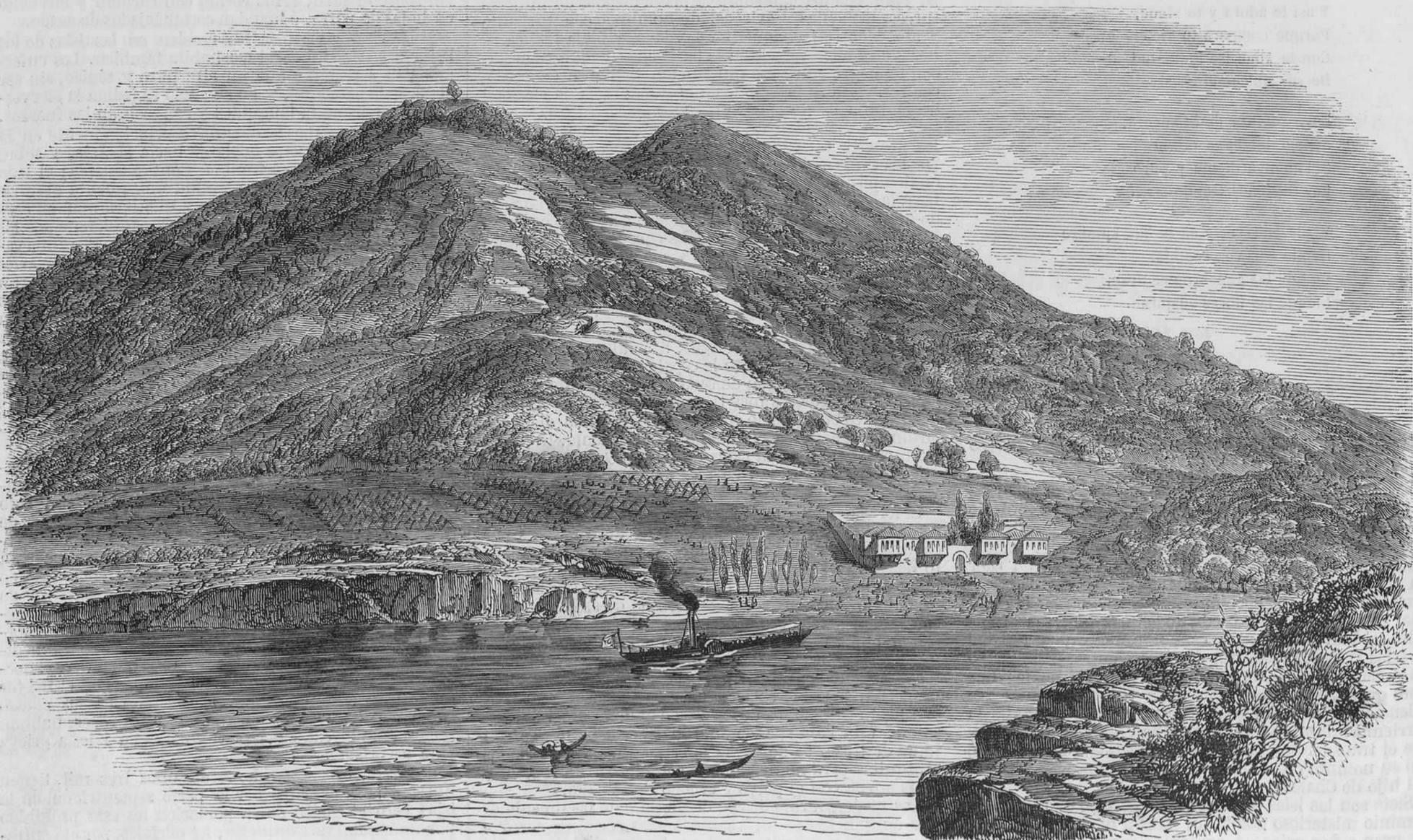


El kief, en las islas de los Príncipes.

su educacion superiores á los oficiales franceses, los soldados se muestran por el contrario menos civilizados; sobre todo tienen menos sensibilidad moral, menos preocupaciones intelectuales, en una palabra, piensan y sienten menos, y resisten muy bien al dolor físico. Son sumisos, muy respetuosos con la autoridad y se muestran muy agradecidos á los beneficios que reciben.

En los rusos el sentimiento religioso está muy desarrollado, y el respeto humano les es desconocido. Rezan todos los dias, y con muchas saluciones, casi como los musulmanes. Llenos de confianza en Dios, responden siempre de este modo: Gracias á Dios, vamos bien; gracias á Dios es el principio de todas sus contestaciones.

F. J.



Campo de los prisioneros rusos en la isla de Prinkipo.

Viaje del « Cygne » de Lyon á Constantinopla.

Paso del vapor *el Cygne* bajo el puente de Galata en Constantinopla.

En Francia como en Turquía ha despertado el mayor interés la experiencia temeraria del capitán Magnan; pero no ha sido tanto una proeza de fuerza y de audacia por parte de ese valeroso marino, como la demostración real de un teorema náutico, cuyos términos había establecido ya antes de marchar en su tratadito sobre *los vapores de varengas lisas*. M. Magnan quería probar la navegabilidad marítima de los vapores del Ródano y del Saona, sin modificación esencial, con un simple cambio reclamado por su nuevo destino. *El Cygne*, que hacia la travesía entre Chalón y Lyon, fué el buque elegido para la prueba decisiva en el Mediterráneo, por la misma razón de que era uno de los peores del Saona. Esto prueba la confianza que tenía el autor en su sistema.

El Cygne zozobró en el Cuerno de Oro en Constantinopla; pero esta desgracia marítima no perjudica en nada á las teorías del capitán Magnan; es un hecho independiente de los riesgos del viaje, es un accidente de los que suceden cada día en el puerto de Constantinopla: justo es precisar bien esta circunstancia para rectificar el error de la opinión pública y restablecer la verdad á los ojos de los jueces imparciales.

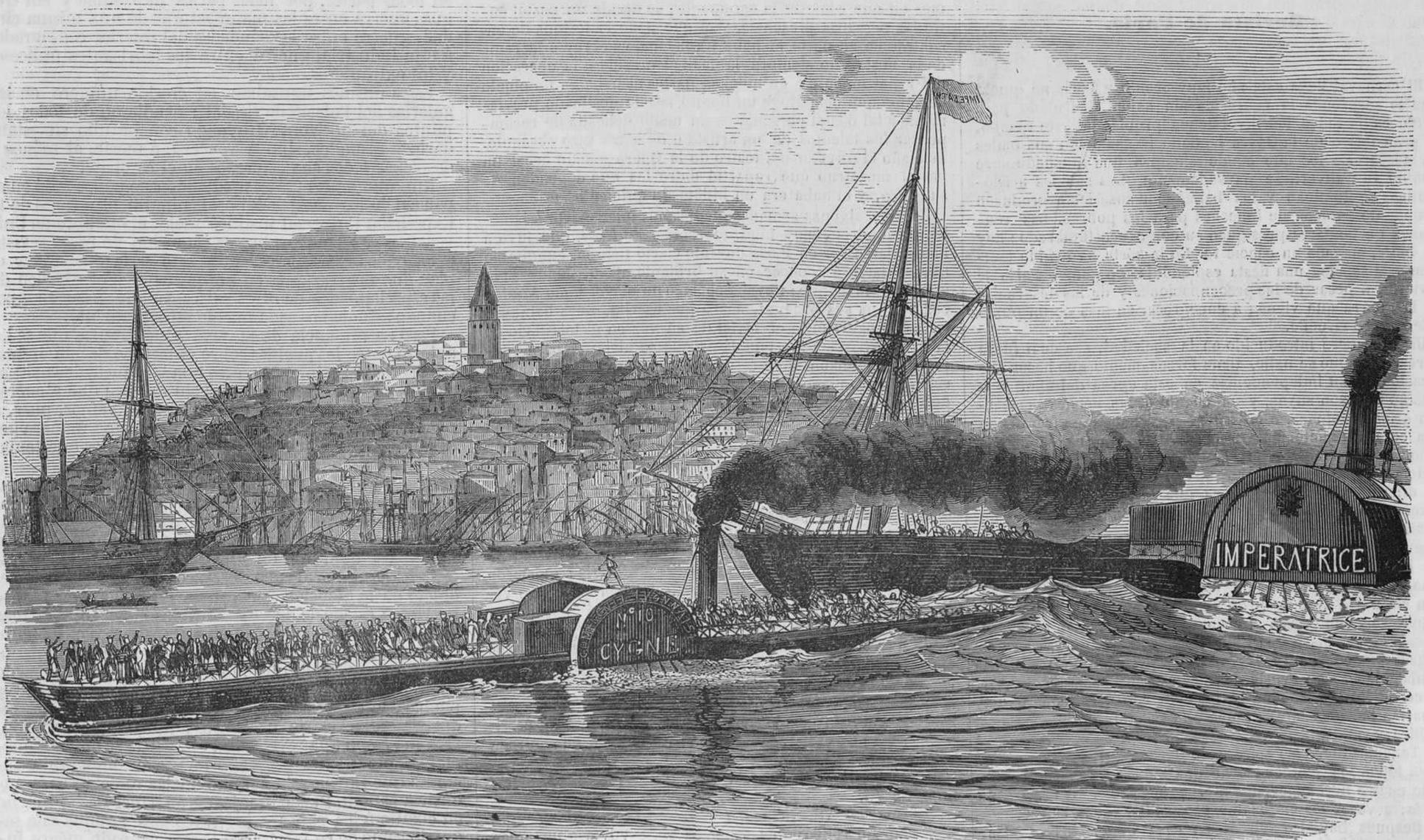
El 15 de agosto de 1855, á las once de la mañana, el barco chato, bajo y afilado, tan conocido en el litoral del Saona, *el Cygne* número 10 salió de Marsella para Constantinopla acompañado del sentimiento de toda una población que le creía inevitablemente destinado al naufragio. Ya se consideraba como un milagro que hubiese logrado atravesar las bocas del Ródano. Siguiendo la

costa á una distancia de dos ó tres leguas, el débil buquecillo salía luego de Génova el 17, de Liorna el 18, de Civita-Vecchia el 19 y llegaba á Mesina el 22. Costeando la Calabria, á siete metros de la ribera, el capitán Magnan pudo descubrir á los habitantes del país que seguían en tumulto á su buquecillo empavesado con los colores franceses.

En esos parajes, se incendió el depósito de carbon, y aunque *el Cygne* sufrió algo, atravesó el golfo de Tarento de Cotrone á Galípoli, por una fuerte brisa N. E. y un mar muy recio.

Del cabo de Santa María á Corfu atravesó el Adriático con una mar alborotada, sin ninguna avería; obedecía perfectamente al timón y no hacia agua.

En Corfu, *el Cygne* tuvo que hacer cuarentena; unos

Encuentro del buque austriaco *la Impératrice* con el vapor francés *el Cygne*.

soldados rusos vinieron á silbar á la tripulacion, y buho que dar armas á los centinelas con órden de hacer fuego si llegaba el caso.

Desde la salida de Corfu (30 de agosto) hasta Zante, donde no recibió una acogida mas cordial, el mar se empeoraba, pero el buque venció como hasta entónces las dificultades.

Despues de haber doblado el cabo Matapan, el punto mas alarmante del itinerario, el capitán Magnan por la travesía del golfo de Nauplia llegó á fondear en Hydra el 4 de setiembre. El 5 tocaba al Pireo, y deseando hacer flotar por la primera vez el pabellon francés en un país donde jamás se habia presentado la bandera tricolor, el capitán se metió en el estrecho cerrado de Colehis, y pasó sin accidente ni averia acompañado de las aclamaciones de los griegos mucho mas simpáticos que los habitantes de Zante y de Corfu, pasó, decimos, una especie de esclusa marítima, que hasta entónces ningun marinero extranjero habia atravesado todavía.

Por último, despues de haber parado en Oreos, en Volo, en los Dardanelos y en Galipoli, el *Cygne* desembocaba en el Cuerno de Oro el 20 de setiembre á las doce de la noche; la travesía habia durado veintiseis dias, de los cuales solo siete y medio se emplearon en la navegacion.

M. Magnan en cuanto llegó se puso á la disposicion de la intendencia francesa; en Pera y en Galata no hubo mas que una voz para felicitarle por un triunfo tan maravilloso, cuyas inmediatas consecuencias preocupaban ya á todos los espíritus previsores. El *Cygne* ejecutó en medio del dia en el mar de Marmara y en el Bósforo las evoluciones mas demostrativas y las maniobras mas peligrosas, como complemento de experiencia.

Nada podria explicar la sorpresa, el estupor, por no decir el espanto de los levantinos, cuando lanzado con toda la fuerza del vapor contra el puente de barcas de Galata, pasó sin accidente el arco estrecho reservado á los caiks. Los espectadores temian una catástrofe, se temblaba por el puente y por el buque, pero se vió de repente que bajaban la chimenea, y el *Cygne* apareció graciosamente en la dársena del arsenal turco. En resumen, esa empresa que todos tildaron de temeraria, llegó á buen término; el *Cygne*, fletado por el Estado, hacia el servicio diario de la isla de los Principes, donde conducia destacamentos de prisioneros rusos, ganados y víveres para el campo, cuando en la mañana del 8 de octubre, un buque austriaco procedente de Trieste puso fin al atrevido destino de ese pobre barco de rio que habia salido á correr el mundo.

En el instante del encuentro habia mas de trescientos pasajeros á bordo del *Cygne*. El capitán Magnan con su sangre fria y su valor les salvó la vida; su brillante conducta en esta circunstancia eminentemente crítica, ha sido apreciada por una comision de marina internacional. No nos toca emitir un juicio cualquiera sobre las maniobras y las intenciones del capitán austriaco, autor de la desgracia, pues la justicia informa.

M. R.

Revista de Paris.

El carnaval llega este año muy pronto y Paris no quiere que le sorprenda la cuaresma sin haber disfrutado para entónces de todas las diversiones propias de este tiempo. El gran teatro de la Opera ha dado la señal con sus bailes de máscaras á los que acude siempre una muchedumbre que no va á divertirse pausadamente. Los salones aristocráticos se iluminan y los bailes por suscripcion producen abundante cosecha de limosnas para los pobres. Las reuniones particulares prosiguen su curso acostumbrado; hoy un baile, mañana un concierto. En la córte ha habido tambien esta semana una fiesta espléndida. En suma, Paris se divierte, á pesar de las preocupaciones y de las desgracias de la guerra que vienen á ennegrecer en mas de un punto este cuadro risueño.

Un parisiense introducido en la sociedad, sea cual fuere el rango en que se halle, tiene forzosamente que hacer abdicacion de su independencia en esta época del año. Sus dias apénas son suyos, y en cuanto á las noches pertenecen á las reuniones, á las *soirées*, para hablar en francés de una cosa eminentemente francesa. M. Leon Gozlan, un escritor de un talento original y de un *esprit* parisiense, refinado y punzante, ha hecho una enumeracion analítica de las diferentes clases de *soirées* que se dan en Paris, clasificacion muy notable porque encierra un gran fondo de verdad bajo su apariencia ligera é irónica. Hé aquí lo que dice:

« Primeramente tenemos las *soirées* en casa de los personajes oficiales donde solo se va por aprovechar la ocasion (la única que se presenta en vida, pues la otra es cuando se va en la caja al cementerio) de ostentar todas las cruces y todas las placas; sin estas dos ocasiones casi tan alegres una como otra, las estrellas polares de Suecia, las águilas blancas de Prusia, los leones y los soles de Persia, los corderitos de España y los elefantes de Dinamarca no tomarian jamás el aire. Es una alta cuestion de higiene honorífica.

» Tenemos luego las *soirées* de fuerza mayor, las que obligan á todos los empleados de una oficina á ir á sudar durante cuatro horas mortales á casa de su jefe. Es la *soirée* ó la vida; á veces los empleados se deciden por la *soirée*.

» Despues hay las *soirées* en casa de ciertos artistas donde se reemplazan los sorbetes por una conversacion

llena de tacto y de finura. A las doce de la noche en vez de pasar al comedor donde no os espera la cena, se pasa al guardarropa, donde no siempre os espera vuestro paletó.

» Vienen enseguida las *soirées* donde es preciso tocar algun instrumento ó cantar alguna cosa para divertir á la sociedad: por ejemplo hay que imitar á la golondrina ó al cuquillo.

» Despues las *soirées* en el Hotel de Villa donde á las once se va á tomar la cola de los carruajes en Neuilly para llegar á las tres de la mañana delante del Puente Nuevo, cuando el termómetro señala quince grados bajo cero. Los convites á los bailes de la villa son muy útiles para las nevralgias agudas, los constipados incurables, las enginas y las fluxiones de pecho.

» Despues las *soirées* en que el dueño de un aposento donde apénas caben cincuenta personas convida á seiscientos cincuenta. Allí la gente se aplasta, se asesina; allí se sufre, se espira, se muere, pero la verdad es que nadie se divierte.

» Despues las *soirées* medicinales donde la dueña de la casa temiendo los efectos del té sobre sus nervios os inunda con un cocimiento de flores de azahar.

» Despues las *soirées secas*, aquellas en que hacen dar vueltas á las mesas sobre las cuales no se ven pastelillos ni refrescos. Cuantas veces se pregunta mentalmente á una mesa: ¿Tendremos al ménos jarabe de grosella? la mesa responde: — No, no, no, ciento y mas veces.

» Despues las *soirées* en casa de honrados ciudadanos que viven á mas de mil quinientos metros de toda parada de coches. A las dos de la mañana se encuentra el convidado en medio de una espesa niebla en el centro de un lago de lodo y ante un caballero que le pregunta la hora. Al otro dia, la *Gaceta de los Tribunales* da cuenta de esta brillante *soirée* bajo el epigrafe *Asesinatos*.

» Despues las *soirées* en casa de esos ricos banqueros donde siempre deben oirse á los mejores artistas de la Opera, de la Opera-Cómica y del Teatro-Lírico. El dueño de la casa con las lágrimas en los ojos corre á decir á las tres de la mañana á todos sus convidados sedientos de esperanza, que el célebre tenor no parecerá porque está constipado, que la prima dona no vendrá tampoco porque su director la prohíbe cantar en otra parte que en su teatro. En fin, no vendrá nadie. El mas jóven de los hijos de la casa se presenta, se pone al piano y toca para consolar á la asamblea los últimos ejercicios que ha estudiado.

» Despues las *soirées* en que siempre ocurre algo malo. Ya es la araña que derrama su aceite sobre los prendidos blancos y rosados; ya son las velas que lloran su cera, regando los divinos tocados de las señoras; ya es un techo que cansado de ser techo quiere ser suelo de repente y cae sobre vuestras cabezas con los que bailan en el piso superior; ya es una jóven señorita que habiéndose acercado mucho á la chimenea incendia sus volantes de muselina y solo puede salvarse gracias á un caballero que la toma en sus brazos, la estrecha y rueda con ella sobre la alfombra. Hay una clase de caballeros que salvan la vida en las *soirées*; son conocidos con el título de salvadores de salones....»

En la noche del último domingo las reuniones parisien-ses tuvieron un atractivo particular que se renueva una vez por año: se celebró la fiesta de los Reyes. Ya sabemos en que consiste la ceremonia; se divide un pastel entre las personas presentes, y el que tiene la fortuna de encontrar en su parte el haba tradicional es el rey ó la reina de la fiesta. No siempre la lealtad preside á la operacion del repartimiento; en muchas partes el haba es un objeto de valor que constituye un bonito regalo destinado previamente á tal ó cual persona; es un modo delicado de recompensar los talentos de un artista ó de hacer otro obsequio. Este año el director del teatro de la Opera mandó hacer un pastel monstruo que repartió entre los que dependen de su teatro, y el haba era un billete de quinientos francos.

Hace ya algunas semanas dedicamos una revista á la célebre cantatriz Jenny Lind, el *ruiseñor del Norte*, que tuvo á bien dejarse ver en Paris durante cierto tiempo, aunque sin querer darse á conocer en su brillante oficio. Jenny Lind estaba de incógnito; llevaba consigo un mayordomo á quien comunicaba sus órdenes, acaso por escrito, pues habia jurado que nadie oiria el metal de su voz en el territorio de la Francia. Todas las tentativas que se hicieron para vencer su resolucion fueron inútiles; la cantatriz se habia echado un candado á la garganta. Jenny Lind salió, pues, de Paris como habia entrado, sumergida en el silencio mas profundo, pero parece ser que lo que no pudieron lograr los parisienses ni con ruegos, ni con ofrecimientos, acababan de obtenerlo á ménos costa los habitantes de una capital de provincia.

La cantatriz se retiraba al Norte, pero lentamente, deteniéndose en las poblaciones que encontraba al paso del tiempo suficiente para satisfacer su curiosidad de viajera. En una ciudad de la frontera de Bélgica la aparicion de Jenny Lind causó una sensacion extraordinaria; quisieron oirla á toda costa, y hé aquí la estratagema de que se valieron.

Una mañana el *ruiseñor del Norte* ve entrar en su aposento á tres gendarmes con aire enfurecido, y uno de ellos sin saludar y con el tono seco y contundente propio de un agente de la fuerza pública, la dice:

— ¡El pasaporte!

Jenny Lind sin desplegar sus labios se dirige á un escritorio, saca una cartera y de esta el documento que entrega al gendarme.

— ¡Mentira! exclama este sin titubear; este pasaporte no es de Vd.

— ¿Qué está Vd. diciendo?

— Digo sin rodeos que sabemos viaja Vd. con un nombre falso.

La cantatriz hizo un ademan de indignacion, pero el su-puesto gendarme, sin permitirle hablar prosiguió en estos términos:

— Nada de exclamaciones; lo sabemos todo... Se acaba de cometer un robo de mucha consideracion en Paris y....

— ¡Y tiene Vd. la audacia de suponer!...

— Que Vd. es la ladrona, justamente. — Ahora díganos Vd. si conoce alguna persona aquí que pueda servirle de fianza.

Jenny Lind no conocia absolutamente á nadie en aquel infame pueblo.

— Entónces, con el mayor sentimiento, exclamó el gendarme, nos vemos en la dura necesidad de ponerla á Vd. presa.

La cantatriz no sabia lo que la pasaba; se creia juguete de un sueño. Pero los agentes de la autoridad estaban en su presencia, y se disponian á conducirla á la cárcel á pesar de todas sus justificaciones y sus ruegos.

— Serémos inflexibles, respondió el tremendo gendarme... Pero al fin y al cabo, añadió cambiando de tono y como si una idea repentina acabase de cruzar por su cerebro, hay un medio muy sencillo de salir de dudas.

— ¿Y cuál es? preguntó con ansia la afligida cantatriz.

— ¿Vd. pretendé ser Jenny Lind?

— Lo soy seguramente.

— Pues dénos Vd. un prueba de ello... Cante Vd. un aria cualquiera... ¡Ah! se niega Vd... Vamos, señores, ejecutemos inmediatamente las órdenes que hemos traído.

— El lance era apurado; Jenny Lind dominada por el miedo y sin pensar ni remotamente en el ardid, cedió á la prueba.

— Voy á cantar, exclamó; oigan Vds. y juzgarán si es verdad lo que digo.

Y en el mismo instante comenzó la *Casta Diva*, esa melodía sentimental que ha sido hasta hoy el mayor de sus triunfos.

— ¡Bravo! ¡bravo! ¡bravísimo! exclamaron los supuestos gendarmes, y al punto una porcion de oyentes que habian estado ocultos en la pieza contigua se presentaron en la sala aplaudiendo con entusiasmo.

Entónces Jenny Lind conoció que habia sido víctima de los astutos provincianos que, traidoramente, la habian hecho quebrantar en Francia su voto de absoluto silencio. Pero los jóvenes, añade la crónica de donde tomamos esta curiosa anécdota, se justificaron con tanta gracia que Jenny Lind vuelta en sí del susto acabó por perdonarles de todo corazon su singular estratagema.

MARIANO URRABIETA.

Exposicion Universal de la Industria.

XVIII.

EL PAÑO.

Muy difícil seria imaginar el ardor desplegado en la lucha de esta industria de los paños. La guerra se halla en todas partes, por todas partes incansable y sin tregua; guerra entre las manufacturas de una misma ciudad, guerra entre las ciudades del interior consagradas á esta industria, guerra entre los fabricantes franceses y los extranjeros.

Estos últimos figuraban en crecido número en las galerías del Palacio de Cristal: acudieron de todos los puntos del horizonte trayendo con orgullo su estandarte y resueltos, sino á vencer ó á morir, al ménos á desplegar todos sus esfuerzos en el combate.

Ninguno de los países productores de paños faltó en el palacio de los Campos-Eliseos; ningun otro ramo de la Exposicion Universal justificó mejor el nombre de Universal. — No tenemos hoy la intencion de pasar revista á los paños extranjeros, pues esto seria abandonar el plan que nos trazamos en un principio; el exámen de las especialidades de otros países vendrá á su tiempo, cuando estudiemos cada pueblo separadamente.

Pero en presencia de la viva concurrencia que se ha abierto entre los pueblos sobre el terreno de esa industria, seria imposible formarse una idea justa de la situacion de las fábricas francesas sin saber á qué atenerse sobre las rivalidades con que tropiezan; vamos, pues, á caracterizar desde ahora, al ménos de una manera general, la exposicion de los diferentes pueblos que tomaron parte en la lucha.

El país que sorprende mas es el Austria. Los fabricantes de las provincias de la Moravia y de la Bohemia, sobre todo los primeros, han marchado á paso de gigante despues de la Exposicion Universal de Londres. En Hyde-Park figuraron en una categoria bastante modesta, y hé aquí que al cabo de cinco años se han vuelto el objeto de la afencion general de los conocedores, y se hallan en estado de hacer frente á los fabricantes de mas fama. Cuanto mas se examinan sus productos, tanto mas sorprenden los progresos realizados. El movimiento ha sido tan sensible que la industria se ha trasformado enteramente. Al poner á su vista las obras de los otros pueblos, la Exposicion de 1851 habia ofrecido á los industriales del Austria magníficos puntos de comparacion. Esto fué como una revelacion; el Austria se aplicó inmediatamente á sacar provecho de los incomparables recursos que muchas de sus provincias ofrecian á la industria pañera. Puede lisonjearse de haber hecho mucho en cuanto á los paños y las novedades, aunque este segundo ramo de su fabricacion haya ocupado ménos lugar que el primero en sus muestras.

La Sajonia y la Prusia no tenían tanto camino que andar para llegar al punto en que hoy se hallan. Ambas ofrecen, sin embargo, á la vista resultados sorprendentes, la segunda en mayor escala que la otra. Las felas enviadas por ochenta y seis fabricantes de diferentes puntos de la monarquía prusiana, de la Silesia, de Westfalia, de la provincia rhiniana, etc., componen un conjunto extraordinariamente variado y de los mas curiosos. Son otras tantas páginas que estudiar y páginas susceptibles de ofrecer útiles indicaciones á los manufactureros de todos los países.

Los paños alemanes figuraron en la Exposición de un modo mas ventajoso que los de los otros pueblos. Para no hablar aquí sino de la Francia, en tanto que cada uno de los expositores de esta nación se encerró en su escaparate, casi siempre oscuro por las estrechas paredes que le componían, los fabricantes austriacos y prusianos se establecieron uno junto á otro en largas hileras, donde estaban como al aire libre disfrutando de una hermosa luz, de modo que se podían examinar fácilmente sus productos. Nada habria sido mas natural que la adopción de este sistema de los alemanes.

El paño inglés se hallaba representado por algunas casas notables de Leeds, de Huddersfield, de Trowbridge: su exposición encerraba buenas muestras, pero sin embargo el cuadro no era completo; este ramo de la industria británica no se presentó en el palacio de los Campos-Eliseos con su fuerza real. Para comprender la exactitud de esta observación, para asegurarse de que no tiene nada de arbitrario ni de aventurado, basta recordar como los paños de los ingleses estaban representados en 1854. No por eso dejaremos de hacer justicia á los expositores ingleses de 1855, pero los consideramos como una simple vanguardia por la cual no se debe juzgar de la importancia del cuerpo del ejército. La exposición de los ingleses, tan hermosa y completa en otros ramos, no ocupaba en la industria de que se trata todo el espacio que habria podido llenar ventajosamente.

La industria de paños de la Bélgica se presentó á nuestra vista de un modo mas completo, y aunque se hayan notado ciertos huecos, estos no pudieron alterar la exactitud del cuadro. Los belgas nos han puesto en disposición de apreciarlos, permitiéndonos leer en el libro de su fabricación sin necesidad de hojear todas las páginas.

En presencia de esa falange extranjera, ¿cuáles son las ventajas ó las desventajas de la Francia? Por mi parte creo poder afirmar desde luego, que en ninguna parte el paño está mejor confeccionado que en este país, y aun me atrevo á ir mas lejos, para lo cual apelo á todos los jueces imparciales. Si para ciertas variedades el Austria, la Prusia, la Bélgica, etc., no tienen nada que envidiar aquí, en cambio ningún fabricante de esos países presenta un paño establecido en condiciones tan puras, tan completamente regulares como los hermosos paños de Sedan, esos paños que pueden llamarse los tipos clásicos de esa fabricación. En cuanto á calidad, independientemente del precio, del que hablaré mas adelante, no hay nada superior á los productos franceses, y aun en ciertos ramos determinados estos se llevan la palma.

En cuanto al color, la ventaja pertenece á la Francia; los tintoreros de paños producen resultados incomparables. En las mejores partes de la exposición extranjera hemos visto colores falsos, apagados ó faltos de uniformidad.

Por lo que hace á los dibujos de artículos de novedad, toda reserva en favor de los fabricantes franceses seria superflua, pues tanto aquí como en el exterior se sabe á qué atenerse con respecto á este: lo mismo que en los ramos de telas destinadas á los vestidos de mujeres, las sederías, las telas de mezcla ó las lanas de fantasía, la Francia tiene el privilegio de ser un modelo y un modelo que se imita y falsifica sin ningún escrúpulo. Apenas han aparecido en sus mercados sus dibujos, sus formas y sus disposiciones, cuando ya corren el mundo. Las piezas se envían en todas direcciones, á todas las ciudades manufactureras. Mas de una vez y en mas de una industria los dibujos adquiridos por un fabricante, á costa de grandes gastos, han sido entregados por intrigas incalificables á sus concurrentes extranjeros antes de haber salido de sus propios almacenes. ¿Era por infidelidad de los obreros, ó era que el dibujante hallaba medio de recibir á la vez dos salarios? Se ignora, pero semejante fraude tiene al menos toda la significación de un homenaje rendido á la superioridad de las invenciones francesas.

Si entramos ahora en la cuestión del precio de las telas, la escena cambia completamente: la ventaja pertenece sin reserva á otras naciones, á la Sajonia, á la Prusia y sobre todo al Austria. Ya llegará el momento de particularizar las diferencias que han podido señalarse en la Exposición Universal. Hoy las apuntamos solo con la idea de investigar su causa, pues esta causa interesa vivamente á la fabricación francesa. — Las razones que se dan de esta inferioridad con respecto á los precios son hijas de un conjunto de circunstancias muy complejas que desearíamos aclarar un poco. Primeramente se citan las diferencias en el precio de la mano de obra. Los salarios de los obreros son mucho mas bajos en las provincias alemanas que en las ciudades manufactureras de Francia, lo que se explica porque aquí la vida tiene otras exigencias; los obreros otros hábitos; gracias á Dios están mas elevados en la escala intelectual que en muchos distritos extranjeros.

Sin embargo, guardémonos de creer que tomando por ambas partes la cifra de los salarios, bastaria una

de las operaciones mas elementales de la aritmética para determinar despues la diferencia exacta entre el precio de la mano de obra. Semejante modo de calcular nos conduciría muy lejos de la verdad. En vista de operaciones semejantes se ha podido decir que los números mienten tambien cuando llega el caso, y que con el arte de reunirlos se puede probar lo que se quiere.

Preciso es preguntarse, verbigracia, y ante toda comparación, si el obrero de la Moravia, de la Bohemia, de la Sajonia ó de Silesia con un salario notablemente inferior al del obrero francés, produce tanto como este último. Ahora bien, no es dudoso, segun los datos comparativos que hemos podido adquirir, que la superioridad no pertenece á los franceses. Si por ambas partes se establece el trabajo sobre una cuenta por partida doble, se encuentra que la balanza se inclina notablemente del lado de la Francia. Así que la diferencia entre el valor producido en tiempo igual, por el obrero mas retribuido y el que lo está menos es proporcionado á la diferencia de los salarios, hay compensación evidente.

Léjos de nosotros, sin embargo, la idea de pretender que las cuentas se equilibran exactamente entre las fábricas de paño francesas y las manufacturas alemanas. Estas últimas conservan bajo este punto una ventaja real que me apresuro á señalar, aunque queriendo evitar toda exageración. He debido resguardar la vista contra los efectos de un prisma tanto mas peligroso cuanto que podria resultar de la cuestión de cifras: naturalmente seria muy difícil precisar la ventaja que llevan los rivales, no obstante el que quiera tener una indicación precisa, aunque siempre por vía aproximada, podría contar en favor de los manufactureros alemanes una diferencia de 8 á 10 por ciento sobre el precio de los salarios.

Otra circunstancia mas favorable proviene de las facilidades de que disfrutan los fabricantes prusianos ó austriacos con respecto á su abastecimiento. Tienen las lanas á la mano. En ninguna comarca del mundo, si exceptuamos la España, se produce una materia mas hermosa, mas apropiada á las exigencias de las fábricas de paño que en la Moravia, la Hungría y la Silesia. Hé ahí la tierra prometida de la lana. Los manufactureros no tienen que añadir á los vellones que compran en torno de sus fábricas ningún suplemento de fuera. Los gastos que exigen los trasportes ó los aranceles de aduanas no aumentan el coste de producción.

Las fábricas francesas, mientras trabajan con lanas francesas, se hallan libres igualmente de toda carga excepcional; pero la materia falta, y el complemento indispensable que hay que tomar fuera de las fronteras, en los países europeos ha soportado hasta hoy un derecho de 22 por 100. Este derecho es menor para las lanas que se traen de países lejanos, como verbigracia, las de las regiones situadas mas allá del cabo de Hornos y del cabo de Buena-Esperanza, pero el flete se viene á llevar la diferencia.

Se puede investigar fácilmente cual es la influencia real de tal derecho. Gracias á la combinación aduanera llamada *drawback*, y que consiste en restituir el derecho percibido á la entrada por las lanas en el momento en que convertidas en telas, salen del territorio francés el arancel no tiene por efecto perjudicar al comercio de exportación. Y aun esta restitución se halla calculada de tal modo que teniendo en cuenta todas las circunstancias, favorece el interés del fabricante exportador. Pero el *drawback* deja siempre á las fábricas alemanas la ventaja de no tener que pagar gastos de transporte, y además no toca en nada al consumo francés que absorve la gran masa de los productos fabricados.

De este modo, pues, cuando se quiere comparar con el precio de los paños franceses el de los paños enviados á la Exposición por diferentes países extranjeros, no hay que distinguir en las telas de aquí, las que se hallan destinadas á la exportación, y las que lo están al consumo interior: el precio normal es el precio del interior, el precio de venta en la fábrica.

En último resultado las diferencias de situación entre las fábricas francesas y las extranjeras son evidentes, pero esta diferencia no es la misma con respecto á todos los manufactureros del exterior. Los mas difíciles de igualar en cuanto á precios son los fabricantes del Austria; luego vienen los de la Sajonia. La monarquía prusiana se presenta inmediatamente despues de esos dos países, primero por los paños de la Silesia y despues por los de la provincia rhiniana y de la Westfalia. La línea separatoria tiende á borrarse cuando se trata de la Inglaterra y de la Bélgica cuya situación contrasta menos con la de Francia.

Fácil nos ha sido seguir en vista de las exposiciones sucesivas de la industria nacional francesa, los progresos de la pañería francesa. Al movimiento ascensional de la fabricación ha correspondido un desarrollo gradual de las exportaciones. Repasando los estados publicados por la administración de aduanas desde 1837 para abrazar así un período de tiempo en el que ha habido tres exposiciones reconoceríamos que el aumento de las ventas en los mercados exteriores ha sido casi continuo. Las cifras de las cantidades de paños exportadas en 1853 con respecto á las de 1837, ascendían casi al doble: de 636,600 kilogramos salieron á mas de 1,200,000. Sin embargo, el aumento ha seguido siempre una progresión bastante lenta.

En vista de la habilidad de los industriales franceses y de los favores del *drawback* hay razon para preguntarse si la lentitud de ese movimiento no proviene mas bien de la organización y de los hábitos comerciales, que de cir-

cunstancias inherentes á la misma fabricación. La Exposición Universal ha ofrecido elementos inapreciables para informarnos en esta cuestión: ella nos permite ahora que hemos indicado los caracteres generales de las exposiciones extranjeras, el examinar cuál es el género y cuál la fuerza de cada uno de los distritos manufactureros para poder medir la extensión y el alcance real de las fuerzas colectivas de ese ramo de la industria francesa.

Entre las diversas localidades consagradas á los paños siempre se encuentran algunas analogías. Sedan, Elbeuf, Louviers, Bischwiller, Lisieux, Carcasona, etc., producen paños negros entre otros artículos. Hemos hallado género de novedad en los escaparates de las fábricas del Este, del Norte y del Centro de la Francia, así como tambien en las de las manufacturas meridionales de Mazamet y de Bedarieux. Sin embargo, cada grupo aparece con una fisonomía singular que atestigua diferencias á menudo profundas y siempre curiosas de conocer.

Los paños finos ocupan con particularidad á los fabricantes del Este y del Norte; el paño comun ó de finura ordinaria sale de los talleres del Centro y del Mediodía. Pero esta diferencia no puede establecerse de un modo absoluto, pues sin cesar se emprende una y otra especialidad; únicamente hay siempre alguna unidad que distingue el aspecto general de un distrito. Consignamos sin embargo, esta distinción entre el Este y el Norte por una parte y el Centro y el Mediodía por otra, como un indicio propio para facilitar las observaciones.

Las nuevas ideas y los nuevos esfuerzos que se han producido en nuestra época en el campo de la industria de los paños pertenecen á entrambas divisiones. El movimiento se realizó bajo las formas mas diversas. Unas veces se manifiesta en localidades enteras que salen de repente de su oscuridad; otras se desprende de empresas atrevidas de descubrimientos ingeniosos de algun fabricante aislado. Las imitaciones llegan en breve y el género de las localidades se trasforma y se ensancha de resultados de los felices esfuerzos de un individuo. El trabajo adquiere nuevos elementos; allí donde parecia bajar se levanta mas poderoso que antes. La exposición francesa de 1855 ha puesto en relieve dos ó tres de esas aplicaciones nuevas que influyen en los destinos de una industria. En las galerías hemos visto al lado de las reputaciones mas antiguas otras de una fecha reciente, pero conquistadas por esfuerzos reales y ratificadas por el comun asentimiento.

Antes de dar cuenta de nuestro estudio, necesitamos recordar que desde hace doce ó quince años esa industria ha cambiado de naturaleza. En otro tiempo no comprendía mas que las telas lisas y hoy las tres cuartas partes de la fabricación consisten en tejidos cruzados. En el lenguaje francés del comercio se distinguen ambos géneros cuidadosamente: el nombre de *pañó* queda para los tejidos lisos, y los otros toman la denominación general de *telas*.

Cuando tratamos de la industria de las lanas mencionamos la gran distinción de los tejidos de lana larga y de los tejidos de lana cardada. En Reims y en Roubaix hemos hallado telas fabricadas con ambas clases de lana cardada. Las largas se prestarían muy poco á la fieltura. Las lanas de carda empleadas por las fábricas de paño, son cortas y mas ó menos onduladas por cuyo motivo se unen mejor unas con otras. Ambas categorías comprenden igualmente lanas finas y lanas comunes. Tendremos una excelente ocasion de dilucidar este punto en cuanto á las lanas cortas al verlas transformadas en tejidos, unas por fábricas como las de Sedan ó de Elbeuf, las otras por las manufacturas de Montauban, Rhodéz, Saint-Chinian, etc.

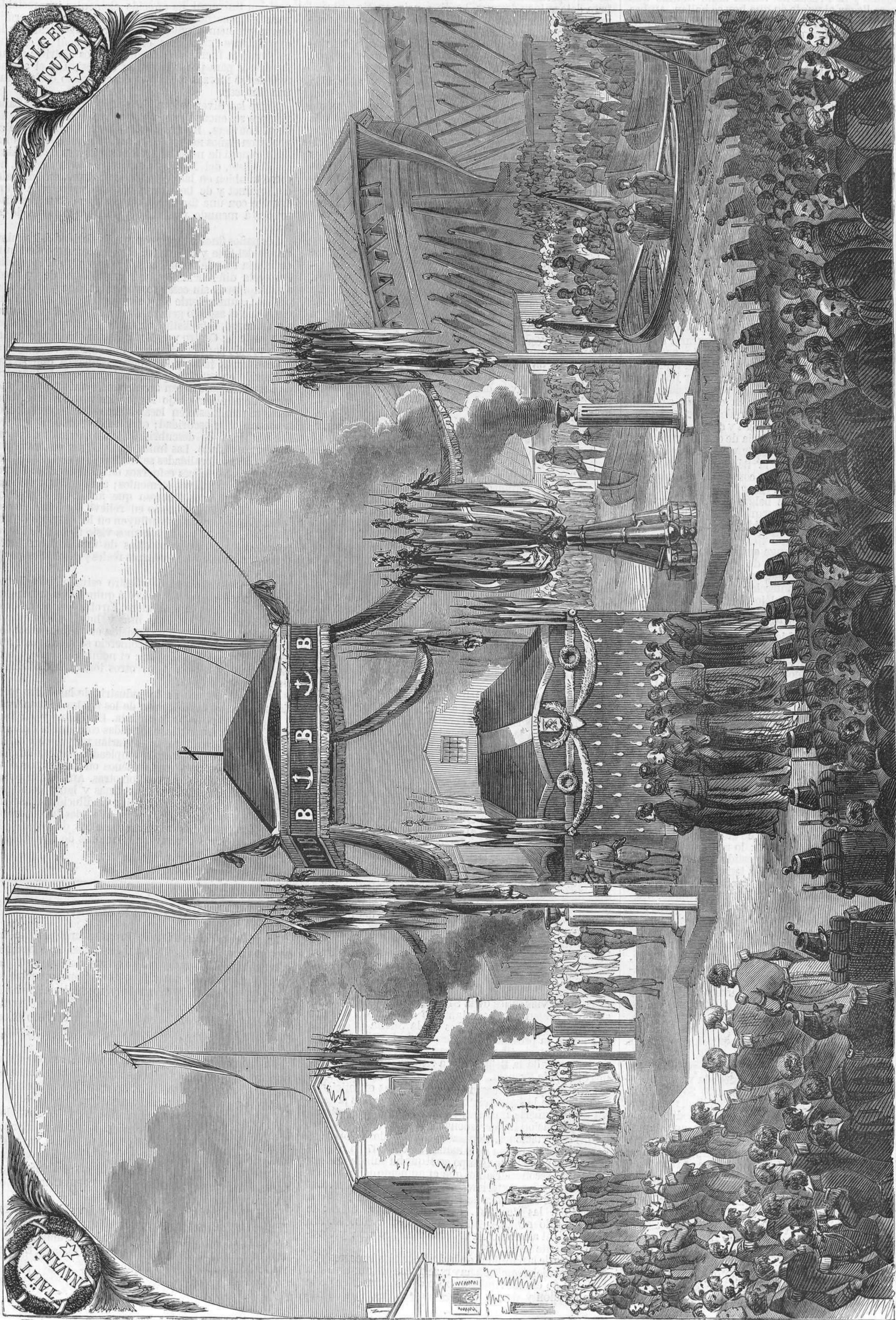
El almirante Bruat.

La muerte del almirante Bruat es una pérdida inmensa para Francia. Hé aquí los datos mas notables que hemos podido recoger de sus servicios y de su gloriosa carrera. Desde muy jóven entró en la marina, y en 1830 era teniente de navío y mandaba el brik la *Aventure*, que bloqueaba á Argel. Habiendo este buque en la costa de Africa, fué cogido Bruat prisionero en cuya situación estuvo hasta que el ejército expedicionario francés tomó esta ciudad.

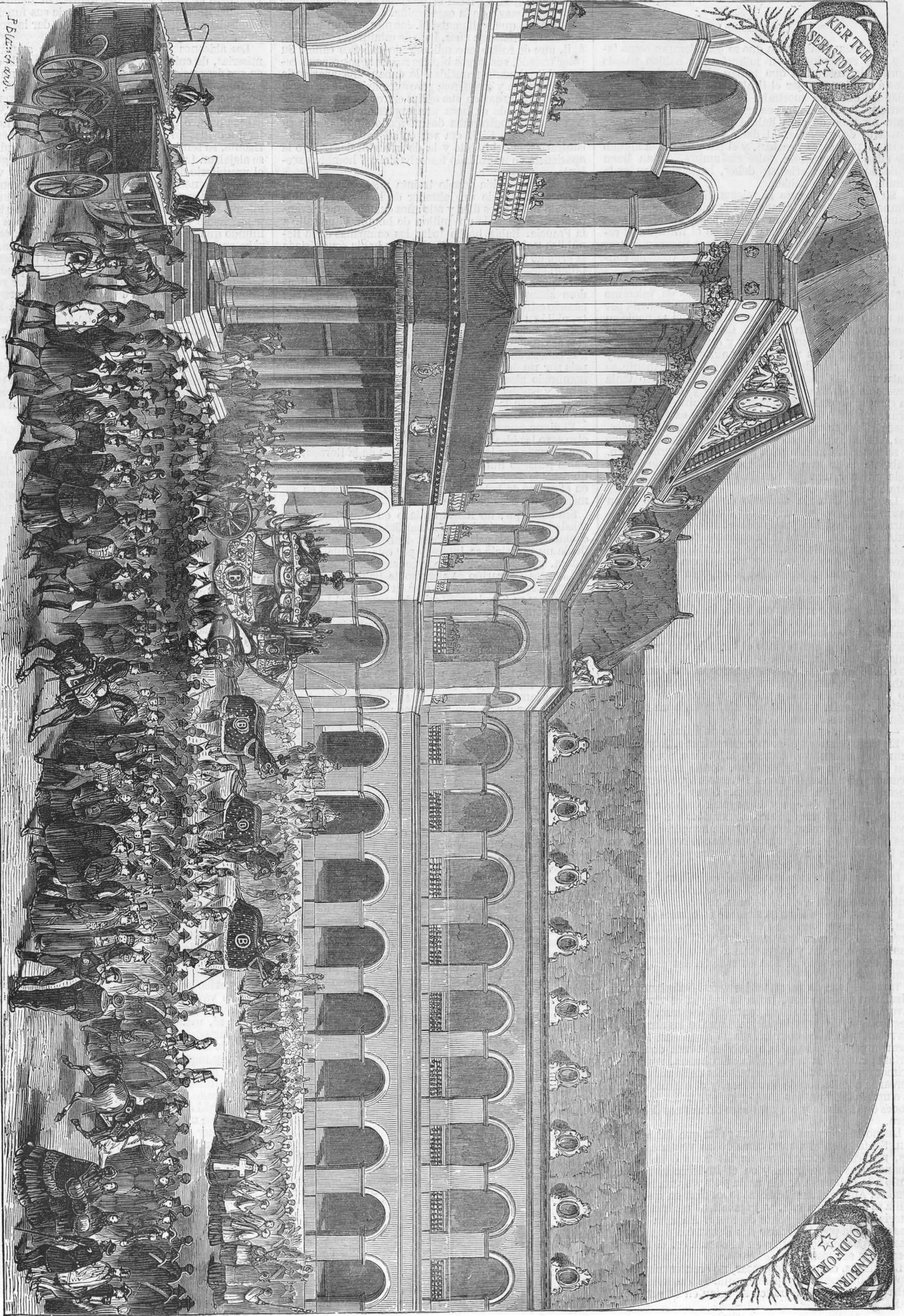
Posteriormente se encargó al capitán de navío Bruat que fuese á establecer el protectorado francés en las islas Marquesas, cuya comision desempeñó con la energía y el tacto que distinguían su carácter.

En 1848 fué hecho contra-almirante, y fué enviado á las Antillas con las dobles funciones de gobernador general y de comandante en jefe de la division naval del golfo de Méjico. La Martinica y Guadalupe le estaban sometidas, y á su celo y á sus trabajos se debió el que se estableciese una administración regular en estas colonias.

El último período de su vida no ha sido menos brillante. Sabida es la parte que ha tomado al frente de la escuadra en Crimea, donde desplegó las grandes dotes de un entendido marino y de un valiente soldado. El almirante Bruat apenas tenia 59 años.



Recepcion de los restos del almirante Bruat en el puerto de Tolon.



Cortejo fúnebre del almirante Bruat, á la salida de los Inválidos, en París.

VALERIANO.

(Continuación.)

Todo les ayudaba para que se consideraran como tales: los recuerdos de su infancia que habían pasado juntos, la costumbre que tenían adquirida de dar ambos a la misma mujer el título de madre, y la imparcialidad que esta mostraba en la distribución de sus caricias. Estos tres seres se amaban con tal reciprocidad, que ninguno de ellos habría podido decir á quien de los otros dos prefería. Al darse los buenos días y las buenas noches se besaban, y si por casualidad alguno de ellos faltaba á esta dulce costumbre, tenían buen cuidado de recordarle su deber, haciéndole pagar la multa de un beso doble.

Su vida era siempre la misma. Se levantaban temprano, se vestían, recitaban la oración matinal y después almorzaban. Según el tiempo, y sin orden bien establecido, empleaban las horas en el trabajo ó el recreo. Cuando se cansaban de una cosa pasaban á otra, y aun las mezclaban de tal modo que á veces las confundían.

Los días lluviosos se pasaban en dibujar, en lecciones de música y en lecturas. Los libros de Valeriano estaban todos elegidos por el cura y los de Eugenia por su madre. Pero si hacía bueno la familia se ponía en camino, con Griffon delante. Griffon era un perrazo ceniciento de pelo muy crecido y que tenía por empleo el seguir por todas partes á sus amos durante el día y guardar la casa durante la noche. Regularmente se daba un paseo hasta que la gente se cansaba ó tenía deseos de volverse. Valeriano sumiso y casi pacífico en la casa, se desataba cuando se veía al aire libre. Siempre seguido de Griffon que le quería en extremo y que manifestaba su aprobación con ladridos multiplicados, iba, venía, corría como el viento, caía como el granizo y se levantaba riendo para proseguir su eterno juego. Habría dicho que quería apoderarse de todo lo que veía y tomar una parte en la existencia de la naturaleza entera.

La grave Eugenia andando despacio al lado de su madre, dejaba á su turbulento compañero que desplegara á su albedrío lejos de ella el lujo de su actividad extraordinaria, y solo interiormente tomaba parte en todos sus movimientos, muy contenta al ver que se divertía, ó entregándose por momentos á terribles angustias cuando su temeridad le exponía á verdaderos peligros.

Pero á veces el atolondrado obligaba á su prima á que saliera de su majestuosa serenidad. Tomábala bruscamente de la mano, la arrastraba consigo, sin cuidarse de su consentimiento ó de su resistencia, y la hacía recorrer á escape todo el largo de una pradera, ó bajar al galope la rápida pendiente de algún peñasco por entre las zarzas, grietas y hondonadas. Cuando llegaba abajo la tomaba en sus brazos, y suponiendo que no había tenido miedo porque no había soltado un grito en aquella peligrosa travesía, la daba un beso diciéndola para recompensarla:

— Eugenia, eres una muchacha de ánimo.

En otras ocasiones ella, por el contrario, lograba comunicarle su sosiego. Eugenia le llevaba por los prados á la orilla de los caminos, donde le hacía coger gruesos ramilletes de flores silvestres que después le encargaba llevara hasta la casa. Otras veces le hacía sentar en medio de ella y de su madre sobre una cuestecilla, y allí los tres juntos sumergidos en un suave recogimiento, seguían con los ojos la marcha de las nubes ó la caída del sol, cuando mezclando con la espuma de las olas la lluvia brillante de sus rayos iba á morir en el azul oscuro del Océano.

Durante las tardes calorosas del estío iban á bañarse en la bahía ó en la playa, según el estado de la marea. Cubiertos con un vestido de lana, menos los brazos y las piernas, ambos jóvenes siempre escoltados por Griffon, se lanzaban juntos en el agua y se ponían á nadar jugueteando, hasta que cansados de chapuzarse saltaban sobre la orilla y se secaban al sol recogiendo conchas, en tanto que Griffon se sacudía las orejas y se lamía las patas.

También iban de pesca varias veces. Valeriano organizaba su embarcación, izaba la vela si el viento era favorable ó remaba si era contrario ó escaso. Cuando llegaba á la distancia requerida, lanzaba los anzuelos ó las redes, y sus dos compañeras le ayudaban luego á sacar la pesca. En seguida se volvían á casa donde Valeriano, cuando la pesca había sido buena, entraba el primero para recibir las felicitaciones de Santiago y saborear la admiración de Francisca, y el último, cuando la empresa había salido mal, para evitar las lamentaciones de la criada y los consuelos sarcásticos del jardinero.

Las noches se pasaban en una salita que daba al jardín. Sentados en el verano cerca de las ventanas abiertas, respiraban el perfume de las flores ó las frescas emanaciones de la brisa, y en el invierno se reunían junto á la chimenea donde ardía siempre una hermosa lumbre. Allí hablaban trabajando los días en que la familia se encontraba sola, y jugaban al ajedrez y á la lotería cuando había gente de fuera. Madama Hubert que no había podido olvidar sus desgracias pasadas, no quería que entrasen naipes en su casa. A eso de las diez rezaban y se acostaban.

Las visitas, como es de pensar, no eran muchas. Excepto los huéspedes inesperados que la casualidad llevaba á la casa Florida, nunca se veían en ella más que

dos personas, las principales de la aldea, á saber: el señor cura que habitaba el presbiterio, y el señor alcalde, propietario de la casa vecina.

El alcalde que se llamaba M. Jacquin, era un hombre de mas de cincuenta años, bajo de estatura, rechoncho, ágil, aun de rostro encendido y de cabellos canos. Su color tostado, sus largos bigotes rubios y sus espesas cejas habitualmente fruncidas, le daban una apariencia dura, resuelta y casi feroz; pero examinándole de cerca, se descubría luego en sus ojillos claros y en los contornos redondos de su boca una expresión de dulzura y bondad que contrastaba de un modo singular con su primer aspecto. Fácil era ver en su rostro dos señales contrarias, la del hábito y la de la naturaleza. Bajo la apariencia de un soldado toscó había un hombre excelente.

M. Jacquin había pasado treinta años de su vida en el ejército. Hijo de un labrador de la comarca, había sentado plaza á los diez y seis años cuando aquel levantamiento de mas de un millón de hombres que salió á la Francia. Había hecho todas las campañas de la República y del Imperio, en las cuales había conquistado la cruz de honor y la charretera de comandante de batallón.

Después de Waterloo continuó sirviendo, prometiéndose siempre que Napoleón volvería; pero en 1823 cuando estuvo bien seguro de que Napoleón había muerto, pidió su retiro y fué á establecerse en Kadoré, decidido á concluir su vida donde la había comenzado. Gracias al patrimonio paterno y su pensión, se encontraba á la cabeza de cinco mil francos de renta y pasaba en el país por un hombre rico. Por unanimidad había sido nombrado alcalde del pueblo que administraba como sabía, y pasaba su vida rodeado de consideraciones y de honores en la bonita posesión que hemos descrito ya, y que los aldeanos llamaban el Dominio.

El digno comandante que alimentaba con respecto al otro sexo las ideas poco reverenciosas de un conquistador mimado por las beldades vencidas de la Europa, no había pensado nunca en casarse, pues se figuraba que un soldado debe morir por todas partes lo mismo que en el campo de batalla, con la cabeza recostada en su mochila, sin ser llorado de nadie.

Sin embargo, no había tardado en aburrirse en su soledad, y ya principiaba á inquietarse por su vejez, cuando llegó al país madama Hubert con sus hijos. Desde un principio se interesó por esta familia encantadora, y luego concluyó por concentrar en ella todos sus afectos de cariño. Valeriano le había gustado en extremo, tanto que hizo de él á la vez su favorito, su discípulo y su heredero. El soldado contribuyó bastante á desarrollar su naturaleza activa y fogosa. Gozoso al ver un jovencito ya educado, había querido comunicarle sus gustos y sus inclinaciones, y persuadiéndole sin trabajo de que un hombre debía saber defenderse contra toda clase de peligros, le había dado lecciones de florete, de tiro y de equitación, y le había enseñado á nadar. En cuanto á la caza hubo que renunciar á ella; madama Hubert que solo venciendo su repugnancia había permitido que Valeriano manejara la espada y la pistola, no quiso que tomara una escopeta, pues temía verle adquirir el hábito de la sangre y el gusto de la destrucción.

Con dos palabras mas concluiremos el retrato del comandante. Profesaba hacia los Borbones el odio común á casi todos los oficiales que debieron su grado á la República y al Imperio. Cuando la revolución de julio que había estallado algunos meses antes, había venido á Paris solo por ver la bandera tricolor flotando sobre el palacio de Tullerías y sobre la Columna. En esa misma antipatía confundía á los nobles á quienes había conservado la antigua denominación de aristócratas, y tampoco era muy partidario de los que llevan sotana.

Sin embargo, gracias á la bondad de su corazón, vivía en la mejor inteligencia y amistad con el señor cura, cuyas eminentes cualidades no quería desconocer ni negar, así como profesaba el mayor respeto y admiración á madama Hubert, á pesar de su desprecio por las mujeres. Gran repetidor de lugares comunes justificaba la inconsecuencia de su conducta por medio de este adagio vulgar: que las excepciones confirman la regla. Hasta consentía en ir á misa, porque es preciso una religión para el pueblo, y las autoridades deben dar el buen ejemplo, pero se vengaba de las concesiones que tenía que hacer con toda clase de chanzonetas ingeniosas.

El señor cura soportaba con una calma inalterable las escaramuzas del viejo militar, le dejaba que aplaudiera sus propias victorias sin disputárselas nunca. La austeridad de su persona y la gravedad de sus maneras le permitían que fuera paciente sin debilidad y silencioso sin desden.

El abate Pascal era un hombre de treinta años á quien se habrían dado cuarenta. Era alto y delgado; tenía la frente alta y despojada de pelo, así como lo alto del cráneo, la fisonomía larga y nada llena, el cutis de un amarillito bilioso. Jamás se descubría una arruga en su rostro, ni un movimiento, se habría dicho un hombre de bronce. Toda su vida parecía concentrada en sus grandes ojos negros llenos de fuego y de inteligencia; pero casi siempre los tenía bajos, como si hubiese querido ocultar su expresión y oscurecer su brillo. Efectivamente un observador habría podido reconocer en ellos la señal de fuertes pasiones y el hábito de grandes pensamientos.

La vida del señor cura correspondía con su aspecto exterior. Entregábase con un celo casi fanático á los cuidados de su ministerio, y servía con igual asiduidad

algunas aldeas, bastante separadas unas de otras, que formaban el radio de su parroquia. El tiempo que le quedaba libre después del ejercicio de sus funciones, le empleaba en cultivar su huerta ó en dar largos paseos solitarios.

Los aldeanos á quienes no cesaba de asistir en sus miserias, de cuidar en sus enfermedades y de consolar en sus desgracias le tenían un vivo afecto y un respeto profundo, sentimientos á los que se mezclaba una especie de terror supersticioso. Al ver á ese joven pálido andando lentamente por caminos desiertos, con la cabeza baja, ó permanecer sentado, durante horas enteras á orillas de la mar con los ojos clavados en el horizonte, se sentían penetrados de una inquietud vaga y se alejaban. La vieja campesina encargada de gobernar el presbiterio decía en la aldea que muchas veces en mitad de la noche había oído al señor cura romper en sollozos y pegarse grandes golpes de pecho. ¿Qué sentimiento le agitaba? ¿Era un remordimiento? ¿Era una pena? Nadie lo sabía, pero el instinto decía á todo el mundo que algo de misterioso y de terrible se encerraba en lo mas recóndito del alma del sacerdote.

El señor cura inclinado hacia Eugenia por cierta simpatía de carácter la manifestaba la misma predilección paternal que Valeriano encontró en el militar retirado. Este que se aprovechaba de todo para bromearse con su amigo el abate, decía que quería embaucar á Eugenia para convertirla en superiora de algún convento. Le había quedado del ejército la maña de los apodos, y llamaba á la joven Abadesa, como llamaba Oficial á Valeriano.

Cada cual se reía con las chanzas del buen soldado, y todo marchaba á las mil maravillas en aquella pequeña sociedad, cuando un incidente insignificante en apariencia vino á cambiar el curso hasta entonces tan apacible de sus destinos.

II.

A la caída de una tarde de verano los cinco amigos se hallaban reunidos en la salita de la casa Florida. El sol no se había puesto aun; pero una densa cortina de nubes extendida en el cielo esparcía en la atmósfera una oscuridad interrumpida solo en varias partes por algunos resplandores blanquecinos. El aire estaba caliente y pesado. De tiempo en tiempo y por intervalos desiguales unas ráfagas que venían del Sur llegaban á expirar lentamente en los árboles del jardín que se movían durante algunos segundos para caer de nuevo en la inmovilidad y en el silencio. La mar cenicienta como el plomo subía insensiblemente por la bahía sin agitación y sin ruido.

La campana tocó la oración; el señor cura se arrodilló, madama Hubert y los dos jóvenes se levantaron, y cada uno de ellos se puso á orar en voz baja. El comandante permaneció sentado, pero por urbanidad se quitó su gorra de cerda, y separó un momento de sus labios la boquilla de ámbar de su pipa turca.

Cuando se concluyeron las oraciones, se puso otra vez la gorra y continuó fumando, pues disfrutaba en la casa Florida de los mismos privilegios que en su dominio. Hubo un instante en que no se oyó mas que la respiración estrepitosa de Griffon que soplabá de tiempo en tiempo para refrescarse.

Eugenia fué la primera que rompió el silencio.

— Señor cura, ¿no os parece que la campana tenía esta noche un sonido extraordinario? Parecía que tocaba á muerto.

— La tristeza de la atmósfera lo entristece todo, respondió el sacerdote.

Y principió á pasearse lentamente por la sala.

— El hecho es, dijo M. Jacquin, que hace un tiempo maldito. Parece que el diablo está en mis piés; mas valdria que los hubiera dejado en Rusia cuando se helaron. ¡Ah, qué buena cosa el reumatismo! Razon tienen en decir que soldado viejo para nada sirve.

— Vamos, vamos, respondió Valeriano riéndose de la salida del militar, un poco de ejercicio; venid conmigo, mi comandante.

— ¿Y adónde quieres llevarme, mozuelo?

— A la orilla del mar; os pondréis de centinela junto á mis vestidos mientras yo tomo un baño.

— Querido mío, exclamó con presteza madama Hubert, no vayas ahora á eso; vamos á tener una tempestad.

— Lo sé, madre mia, pero no estallará antes de un par de horas.

— No le hace, te suplico que no vayas, pues yo estaria aquí muy inquieta.

— Por toda contestación el joven besó la mano que madama Hubert había extendido hacia él, y luego sentándose junto á ella, se dispuso á dibujar un rato. Entonces volvió á reinar el silencio; todos se hallaban sumergidos en un estado de preocupación indefinible.

Para poner un término al malestar moral cuya influencia sentía como todos, madama Hubert dijo á Eugenia que tocara un poco; esta se sentó al piano y en breve se oyeron unos preludios melancólicos.

— Eugenia, exclamó de repente Valeriano, toca alguna cosa mas alegre. ¿No ves que con tu música de entierro entristeces á Griffon?

Efectivamente el pobre animal sentado en un rincón de la sala, desde que había oído las primeras notas había levantado la cabeza y había principiado á lanzar sordos gemidos. Al oír la voz de su amo se calló; pero sobresaltándose de repente se puso á ladrar con violencia y se fué brincando al jardín.

En breve con sus ladridos se mezclaron los gritos de un hombre.

Valeriano que había corrido detrás de su perro le vió á lo lejos que estaba deteniendo á un criado forastero con librea de viaje. Este parece que se había adelantado por el jardín con el apoyo de un lacayo de casa grande, pero pronto había vuelto casaca á la vista del guarda terrible. Alcanzado en el instante en que llegaba á la barrera, no había tenido tiempo para atravesarla; estaba de espaldas contra el cercado, pálido, asustado, lanzando clamores de desesperación en frente de su enemigo que con el pelo erizado y la boca abierta parecía esperar solo una señal para devorarlo.

— ¡Griffon, aquí! gritó Valeriano con una voz imperiosa, mientras corría hacia la barrera.

El perro obedeció con sentimiento y volvió lentamente hacia su amo, no sin echar atrás miradas amenazadoras acompañadas de gruñidos siniestros.

— Griffon, quieto, repuso Valeriano acercándose al lacayo, y dirigiéndose á este añadió: — No tengais miedo.

— ¡Yo, miedo! respondió el lacayo que al punto recobró su serenidad en cuanto hubo pasado el peligro. A tiempo habeis llegado, pues sin eso este infame perro ya estaría molido.

Valeriano no pudo ménos de soltar una carcajada al oír esta fanfarronada tan absurda; pero al instante paró de reír y preguntó al criado lo que se le ofrecía.

El criado pensando que haría olvidar su cobardía á fuerza de impudencia, tanto mas cuanto que se figuraba estar hablando con un aldeano al ver al jóven que llevaba una blusa de lienzo grueso, respondió con desdoro:

— Quiero ver á tu amo, amiguito.

— Entonces haréis el favor de seguirme, caballero, dijo Valeriano recalando la pronunciación de esta última palabra para dar al insolente una lección de política.

Y le llevó á la casa.

— Hé aquí, dijo al entrar, hé aquí un caballero que desea ver al señor alcalde.

Y pronunció estas palabras de modo que se entendiera que las repetía exactamente. El comandante comprendió muy bien sus intenciones, y sin levantarse dijo bruscamente al lacayo:

— ¿Y qué quieres tú con el alcalde? Aquí le tienes.

El criado que esperaba hallar en el alcalde otro aldeano, se quedó tan sorprendido de la fisonomía altanera del comandante como cortado con el recibimiento que le hacía. Se quitó vivamente su gorra galoneada, y después de muchas reverencias contestó:

— Señor alcalde, disimuladme, no sabia... es mi señora que quería tener el honor de hablar con el señor alcalde.

— ¡Ah! ¿y qué me quiere tu ama?

— De su boca lo oír á el señor alcalde.

— ¿En dónde está?

— En su carruaje, delante de la puerta del señor alcalde.

— Pues bien, la dirás de mi parte que se esté ahí si tal es su voluntad; yo hasta dentro de dos horas no volveré á casa.

Y el comandante volvió la espalda al criado. Este cortado ya del todo, repuso vacilando:

— Pero, caballero... mi ama es... la condesa de Barjols.

— ¿Y qué me importa á mí que sea condesa? exclamó el comandante volviéndose de mal humor.

El criado no sabia ya qué decir y permanecía estupefacto, con los ojos fijos en el suelo, dando vueltas á su gorra entre sus dedos y sin decidirse á seguir hablando ó á marcharse.

Madama Hubert tuvo compasión de aquel apuro y tomando aparte al viejo militar, le dijo en voz baja:

— Mi querido amigo, id á ver lo que es; sin duda esa señora tiene que hablaros de cosas importantes, y ella no es responsable de la necesidad de su lacayo.

— Ya que lo deseais, señora, respondió en alta voz el comandante, es otro negocio. Voy á ver á tu señora, continuó dirigiéndose al criado, solo porque así lo quiere madama Hubert... ¿lo oyes?... Anda delante, te sigo.

Y dicho esto cargó su pipa con la mayor tranquilidad, y después de haberla encendido siguió al criado que había tomado ya el camino del dominio.

(Se continuará.)

Exploracion del rio de las Amazonas,

POR MM. EMILE Y HENRI CARREY.

Con un vivo interés notaba el público en la galería anexa de la Exposición, no lejos de los productos de la Suecia, un conjunto pintoresco de armas, flechas, mazas, tocados y adornos extraños, camisas de serpientes, modelos de embarcaciones, hamacas adornadas con plumas de colores brillantes é instrumentos de todas clases que presentan el sello de la industriosa destreza de los pueblos salvajes, y pueden servir para señalar los puntos de parada recorridos por el genio humano en la excursión de tanta obra maestra como se veía en el palacio de la industria.

Estos objetos y otros muchos que no pudieron caber en la Exposición, fueron recogidos por MM. Emile y Henri Carrey durante su viaje de cerca de tres años que acaban de hacer por el Amazonas bajo los auspicios de los departamentos de los Negocios extranjeros y de la Marina.

Tres siglos y mas han trascurrido desde que Francisco Orellana, en busca de una ciudad imaginaria cuyos habitantes se decía que hacían la guerra cubiertos de oro, descubrió ese rio gigantesco, tan poco conocido aun, que de la cúspide de las Cordilleras atraviesa del Oeste á Este toda la América meridional para entrar en el Atlántico, después de haber corrido mas de 1100 leguas. En cuanto á saber si la tribu belicosa que ha dado su nombre al rio existió alguna vez, y si Orellana combatió en realidad con amazonas, puede admitirse con M. Humbolt que algunas mujeres indias, cansadas de la esclavitud en que las tenían sus maridos, pudieron muy bien separarse y vivir aparte de las otras tribus. Aceptadas sin exámen las noticias de los indios y la imaginación del aventurero español inspirado evidentemente de la tradición helénica y sirviendo ese gusto por lo maravilloso que se encuentra en todos los viajeros del siglo XV, habrán hecho lo demás fácilmente y habrán reproducido así en el Nuevo Mundo un mito de la antigüedad.

La mayor parte de los viajeros que desde hace un siglo han atravesado esas curiosas regiones, las han estudiado bajo el punto de vista de la historia natural, y apenas bajo otro aspecto. Sin embargo, en 1846 M. Tardý de Montravel, capitán del buque francés la *Boulonnaise*, subió el Amazonas hasta el puerto brasileño de Obydos, la antigua Pauxis; pero por razones que no nos toca examinar aquí, no fué mas allá. Conocidas son las interesantes exploraciones cumplidas en Bolivia de 1830 á 1833 por M. de Orbigny, así como las de MM. F. de Castelnau y de Obery, efectuadas de 1843 á 1847. Después de haber tocado á Cayena, MM. Carrey hermanos, no sin vencer muchas dificultades, ya en vapor, ya en piragua ó á caballo, lograron, decimos, subir el Amazonas desde su inmensa embocadura hasta su origen, y luego se volvieron, explorando con el mayor cuidado las orillas de ese rio, espacio mas vasto que el del Missisipi, pues se extiende en longitud de 28° (del 76° al 48° de longitud Oeste del meridiano de Greenwich), y en latitud de 22° (del 4° de latitud Norte al 18° de latitud Sur).

De una fertilidad superior á todas las descripciones el inmenso valle que recorrieron podría alimentar una población de 100 millones de almas, y se halla destinado á abrir en un tiempo mas ó ménos próximo horizontes sin límites al comercio y á la industria. La navegación del Amazonas y de sus grandes afluentes ofrece además la única via económica de salida hacia la Europa á muchos estados importantes, como Bolivia, el Perú, el Ecuador, Nueva Granada y Venezuela. Las minas mas ricas de plata se hallan en las fuentes del Huallaga y del Amazonas, en el Perú. Las célebres minas de oro del distrito de Cuzco y de Potosí están en las fuentes del Vyacari, de Madre de Dios, del Beni, del Mamoré y de otros rios tributarios del Amazonas, que son otros tantos vastos canales accesibles al vapor que la naturaleza parece haber creado expresamente para unir el Pacífico con el Atlántico y para poder evitar la vuelta por el Cabo de Hornos y los trasportes siempre tan costosos por el istmo de Panamá. Las riquezas del Amazonas no consisten únicamente en el oro, la plata y las piedras preciosas que arrastra en sus aguas: de las montañas que baña se puede sacar plomo, cobre, carbon de piedra, mercurio, estaño y zinc; los bosques que costea pueden suministrar las plantas medicinales de las virtudes mas raras, aromáticas, gomas, resinas de toda clase, los palos de tinte mas brillante, sin contar el azúcar, el café, el tabaco, el cacao, el tamarindo, el algodón, el añil, etc. MM. Carrey han visitado alternativamente Para ó Belem, que no cuenta todavía mas que 25,000 habitantes, y que por su situación en las bocas del Amazonas llegará á ser una de las primeras ciudades del mundo. Santarem, á 650 millas del mar, la población mayor de la provincia después de Belem; luego Obydos, la barra del Rio Negro, Egas, Loreto, Nausa y todos los pueblos escalonados á largas distancias por las márgenes de ese rio sin fin que unas veces sembrado de islas verdosas, cubre con sus ondas inmensos terrenos, y otras encajonado entre rocas cortadas á pico, forma estrechos rápidos que los indios en sus piraguas ligeras pueden únicamente atravesar, y esto con mucho trabajo. Sobre todo en la época de esas crecidas gigantesca ofrece el Amazonas en esos pajajes peligros reales para los navegantes. Entónces precipita su curso con tal violencia, que llegado al Atlántico, le rechaza á una distancia de muchas leguas, substituyendo así una mar de agua dulce á las olas saladas del Océano.

Corresponde mencionar aquí un fenómeno observado por muchos viajeros, y que se reproduce periódicamente en la embocadura del Amazonas con un carácter mas imponente que en ningun otro rio: los indios le designan con el nombre de *prororoca*. En los tres dias que preceden á la luna llena, tiempo como es sabido de las mas grandes mareas, una ola inmensa de cerca de cuarenta piés de altura corre de playa en playa con la rapidez del relámpago, seguida inmediatamente de otra y luego de otra no ménos poderosa. La marea, en vez de emplear seis horas en crecer, llega así en cuatro ó cinco minutos á su mayor altura: formidable es el ruido de la *prororoca*, que se tomaría por detonaciones de artillería que se oyen á muchas leguas de distancia.

No es nuestro ánimo el describir aquí la vegetación extraordinaria de las comarcas ecuatoriales, que MM. Carrey han podido admirar en lo que ofrece de mas espléndido. ¿Cómo dar una idea de esos paisajes de horizontes grandiosos, de esos rios que serpentean majestuosamente en medio de bosques vírgenes, donde siempre están verdes la palmera, el manga, el bananero, la granadilla, los laureles, los mirtos, las begonias, los melástomos, la

vainilla y otros mil vegetales, la mayor parte desconocidos todavía? Algunos de estos vegetales, como verbigracia, la banisteria, afectan una forma tan extraña, que su vista causa el mayor asombro; cuando el tronco en cuyo derredor han crecido estas plantas cae en polvo, se ven entónces tallos colosales entrelazados unos con otros que se quedan derechos, formando así una pirámide colosal de verduras y de flores. ¿Y hablaremos de esos miles de pájaros de colores variados, loros, cotorras de todas clases, sucanes, etc., etc.; de esos pájaros-mosca, de esos colibris zafros y esmeraldas vivas de esas soledades que animan tambien multitud de monos, sapires, jaguares, de agupis y de serpientes? Los palmipedos y los zancudos abundan en las orillas del Amazonas; entre la última clase citarémos el enorme *jaburu assu*, de pico formidable, y cuya altura es mayor que la de un hombre.

La exposición hecha por MM. Carrey es un elocuente llamamiento dirigido á la civilización en favor de pueblos de los cuales hay muchos sumergidos aun en la barbarie, que usan todavía (como lo prueba esa exposición) en cuanto á instrumentos, el hacha con filo de pedernal, y en cuanto á armas, el arco y las flechas envenenadas. Por lo que hace al vestido, se puede decir que prescindiendo de él comunmente, á ménos que no se quiera dar ese nombre á un delantal grande como la mano, hecho con dientes de mono.

Sin embargo, nuestros viajeros han hallado en las Cordilleras un principio de industria entre los Almazones, que se consagran principalmente al tejido de las telas. Los Almazones son una de las tribus mas valerosas de la América del Sur; no emplean ni flechas ni veneno, y combaten al arma blanca contra sus constantes enemigos los Huambisas. Sería demasiado largo enumerar todos las tribus que han podido observar MM. Carrey en el curso de sus exploraciones; contentémonos con enumerar los feroces Payagues, que viven á las orillas del Napo, bajo el ecuador, y que llevan sus excursiones hasta el Amazonas; los Tiumas, que se encuentran en los límites del Brasil y del Perú; los Parintintinos; los Oyampis, de los confines del Brasil y de la Guyana francesa; los Miranas, oriundos de las fuentes del Juparra, en la República del Ecuador. Estos últimos son aun antropófagos, como los Araras, así llamados por las pinturas multicolores de que se llenan el cuerpo. Pero estas hordas, bien que anden errantes y que vivan en general de su caza y de su pesca, y que residan mas ó ménos tiempo en una misma localidad, no son completamente extrañas á toda noción de agricultura. Es preciso exceptuar á los Muras, verdaderos nómades, que recuerdan aquellos Zingari asiáticos cuyas fracciones se encuentran esparcidas en todo el mundo.

Los Muras no tienen otro medio de existencia que el robo y la rapiña; son los Vioux de la América meridional, y por eso no inspiran mas que odio á las otras tribus, sobre todo á los Mundurientes, nacion la mas valiente y notable de esas comarcas, que ha dado su nombre á un vasto distrito, y que parece haberse impuesto la tarea de exterminar hasta el último Muras. Los Mundurientes se unen gustosos con los blancos cuantas veces se trata de emprender una expedición contra aquellos ladrones; es el pueblo que ha conservado mas influencia en las márgenes del Madeira y del Amazonas, y no ha perdido casi nada de la originalidad de sus hábitos primitivos. Esos hombres gustan llevar encima todos esos adornos de plumas, de elegantes pinturas en la piel, y todo ese lujo de industria salvaje que caracteriza á las tribus que no se han dejado absorber en su contacto con la civilización. En la Exposición se veía un sombrero magnífico, todo de plumas de guacamayo que perteneció á un jefe de esa imponente tribu. Los demás pueblos que se encuentran en las provincias del Para y del Amazonas apenas han conservado algunos restos de su lengua y de sus costumbres antiguas, y aun hay algunos que, confundidos con los blancos, han acabado por desaparecer completamente. Así, en los mapas antiguos del Brasil se mencionan nombres de tribus que habitan en las márgenes del Amazonas, cuyas señales en vano buscaríamos hoy.

Entre los objetos que mas llamaron la atención en el curioso museo de MM. Carrey, tenemos que citar muchas de esas cerbatanas temibles que han reemplazado entre la mayor parte de los indios, el arco gigantesco y las largas flechas armadas de una punta de caña de que se servían en otro tiempo. En estas cerbatanas, se veían aljabas llenas de pedacitos de madera y que representan flechas envenenadas. La cerbatana se compone de dos piezas distintas de una madera dura, trabajadas simétricamente, pulimentadas por dentro con el mayor cuidado, y que se unen luego por medio de una tira de corteza de árbol untada de goma. La flecha tiene de nueve á diez pulgadas de largo; es de una madera fibrosa y tan puntiaguda como una aguja; á la altura de pulgada y media, va rodeada de una cantidad de algodón suficiente para llenar, aunque sin apretar mucho, el tubo de la cerbatana. La aljava contiene un crecido número de estos dardos; por lo comun va forrada con un pedazo de piel de tapir. Lanzada con destreza, la flecha del indio siempre acierta al blanco. El veneno que la hace tan temible, el mortal *curare* « que mata callando, » como dicen los salvajes, se obtiene de los jugos reunidos de cuatro especies de plantas enredaderas, á las que se añaden sustancias animales, como hormigas venenosas, presas machacadas de serpientes de cascabel y otras materias que los indios tienen siempre en reserva para ese uso diabólico.

El *curare* se presenta bajo el aspecto de un jarabe espeso de un color muy oscuro, que puede conservarse

sin perder nada de su fuerza. Dicen que basta mojar una sola vez las puntas de las flechas para envenenarlas. El ave ó el mono, objeto ordinario de los golpes de los indios, se queda como estupefacto cuando recibe la herida de ese dardo, y apenas conserva bastante fuerza para hacer algunos movimientos. A veces, mediante un supremo esfuerzo, vuela ó salta, pero jamás bastante lejos para escaparse del cazador que la sigue atentamente con los ojos, bien seguro de que no tardará en caer. El *curare* no ejerce su accion sino mezclándose directamente con la masa de la sangre y la carne de los animales que mata, puede comerse sin ningun inconveniente. MM. Carrey no han temido renovar la experiencia que M. de Humbolt habia hecho ya sobre sí mismo en las orillas del Orenoco; comieron repetidas veces de ese veneno, sin experimentar la menor incomodidad.

Una industria propia de esas comarcas y susceptible de una inmensa extension, es la cosecha de la goma elástica que se aplica en Europa á tantos usos y que se obtiene de muchos árboles de la familia de las euforbiáceas, particularmente del *siphonia elastica*. Los medios puestos en uso para la extraccion y la preparacion de esa goma son de los mas sencillos; se les ve figurados de un modo muy exacto en la exposicion de que se trata. Se practica una incision longitudinal en el tronco del vegetal por medio de un instrumento cortante que se queda en la raja; unas conchas o unos pequeños recipientes de tierra reciben el jugo que corre de la incision;

se vacian á medida que se llenan. Entonces se moja en la masa del líquido una pala de madera untada tambien con goma, que se expone al humo de las frutas de la palmera *inaju* ó *urucuri*, y se repite la operacion hasta que la capa de goma haya adquirido un grueso suficiente. Entonces se corta por sus dos extremos laterales para separarla de la pala. Otros procedimientos análogos se emplean aun para la fabricacion de la goma elástica; pero la mejor es la que se ha practicado de ese modo. En el país vale de 2 á 4 francos el kilogramo.

La cosecha de huevos de tortuga y la fabricacion del aceite que sacan de ellos constituyen tambien una industria bastante activa en las márgenes del Amazonas. Las tortugas, cuando llega su tiempo, acuden á millones sobre las márgenes del rio para depositar allí sus huevos. Estos huevos se recogen con el mayor cuidado; se meten en barcas bien calefateadas y se machacan con los piés hasta que se reducen á una materia amarilla sobre la cual echan agua y que exponen á los rayos del sol. El calor hace subir á la superficie la parte aceitosa de los huevos, la cual se recoge y se pone en calderas expuestas á un fuego lento. Poco á poco esa especie de grasa se clarifica y adquiere la consistencia y el color de la manteca fundida. En cuanto se enfria, llenan con ella grandes vasijas de barro que tapan con hojas de palmera. Es increíble la cantidad de huevos de tortuga que se emplean en esto. Se calculan en 240 millones el número de los que se destruyen anualmente, nada mas que en

los parajes regados por la parte del rio conocida antiguamente con el nombre de Solimoens.

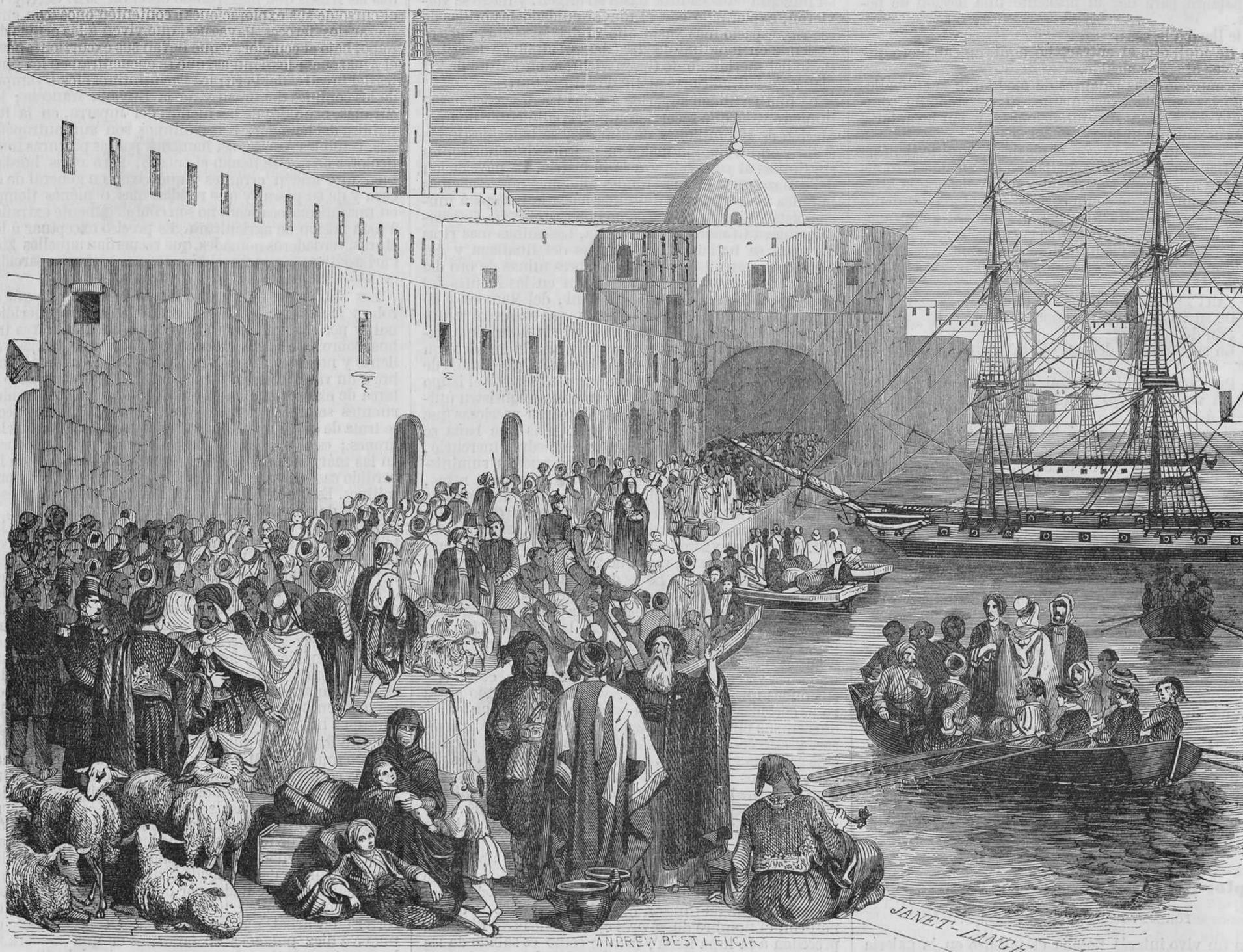
Además de los modelos de distintas embarcaciones en uso sobre el Amazonas, *montarié*, *zaganda*, *egarite*, *vigilinga* de las bocas del rio, *coberti*, barco de 20 á 60 toneladas, la exposicion de MM. Carrey comprende tabacos, cacao, vainillas, varias clases de harina de yuca, resinas, gomas, plantas medicinales de todo género; quina, *morure*, *ubillas*, *uascas*, planta preciosa contra las enfermedades de los ojos, etc. El valor en venta de todos estos productos en el país es muy reducido. La quina, por ejemplo, se vende por término medio á 2 fr. el kilogramo; el tabaco de 60 cent. á 1 fr.; el cacao 30 cent., etc. Mencionaremos aun muchos de esos hermosos sombreros de Panamá, que tienen en Europa un precio tan elevado, así como una buena coleccion de muestras de esas admirables maderas de ebanisteria y de construccion que se hallan á cada paso en las regiones ecuatoriales del Nuevo-Mundo.

MM. Carrey han levantado cuidadosamente un mapa de todo el territorio del Amazonas, y han traído á Francia las nociones mas completas relativamente á la navegacion de ese rio y de sus afluentes, y tambien sobre los inmensos recursos que esas comarcas privilegiadas se hallan destinadas á ofrecer al comercio y á la industria europea.

CH. F.

Peregrinacion de la Meca.

TRANSPORTE DE LOS PEREGRINOS DE LA ARGELIA, DE MARRUECOS Y DE TÚNEZ Á BORDO DE BUQUES FRANCESES.



Embarque en el puerto de Argel de los peregrinos de la Meca.

La peregrinacion es para los musulmanes fieles de ambos sexos un acto religioso que consiste en visitar una vez en su vida el *Kaabah* (casa cuadrada, tabernáculo de Dios) en la Meca, el dia prescrito por la ley y con diferentes prácticas ordenadas por la religion. Esta ley no es obligatoria sino para aquellos que por su posicion ó circunstancias particulares no pueden eximirse de ella, como verbigracia, la condicion libre, la mayor edad, el estado de salud y de fortuna, la seguridad del viaje, la compañía de un marido ó de un pariente próximo bajo cuya guarda debe viajar la mujer; en fin, la ausencia de todo impedimento legítimo de cualquiera genero que sea.

El musulman tiene que entregarse á diferentes ejercicios para cumplir de un modo conveniente con este importante deber del islamismo: estos ejercicios consisten en detenerse en las primeras estaciones en los contornos de la Meca y en el mismo camino de los peregrinos que acuden de todas las partes del mundo, á purificarse, á tomar el *ihram*, especie de velo ó manto de penitencia formado de dos piezas de lana blanca y nuevas sin costuras, una para cubrirse la parte inferior y otra la parte superior del cuerpo; luego se perfuman con almizcle y otros aromas, rezan y entonan cánticos en alta voz.

El peregrino solo puede vestirse con su *ihram*; no obs-

tante, puede llevar encima monedas de oro y plata, aunque en una bolsa ó en un cinto, puede ir armado de un sable, llevar su sello en el dedo y el santo libro del Alcoran en un saco que cuelga á su cadera. Al llegar á la Meca, debe inmediatamente dirigirse al *Kaabah*, entrar en el templo por la puerta Scheibe, descalzo y recitando una oracion consagrada, acercarse á la Piedra Negra (1), besarla respetuosamente ó bien tocarla con ambas

(1) El homenaje que rinden á esta piedra es para recordar á los fieles la confesion y la confirmacion del acto de fé que toda la legion de los seres espirituales hizo en la creacion del mundo. El Sér Supremo les preguntó: «¿No soy yo vuestro Dios? y ellos respondieron: «Sí, lo eres.»

manos y llevarlas despues á la boca, y dar luego las vueltas en torno del santuario comenzando en el ángulo de la Piedra Negra y avanzando siempre del lado derecho para tener el santuario á la izquierda, esto es, mas cerca de su corazon. Siete son las vueltas que hay que dar: el peregrino tiene que andar las tres primeras columpiándose alternativamente sobre cada pié y meneando los hombros; las otras cuatro debe andarlas por el contrario, con paso lento y grave. Las vueltas que forman uno de los actos mas importantes de la peregrinacion, deben darse en tres tiempos distintos: la primera el mismo dia de la llegada del peregrino á la Meca; la segunda, llamada vuelta de visita, en uno de los cuatro dias de la fiesta de Bairam, y la tercera, vuelta de despedida, el dia mismo de su marcha de la Meca.

Este último dia, el peregrino tiene que beber agua del pozo de Zemzem, cuyo origen milagroso se atribuye al ángel Gabriel, y aun debe llevarse de esta agua santa para tener de ella en su casa y regalar á sus parientes y amigos. En fin, en el momento en que sale del templo tiene que hacer lo siguiente: 1º tocar con su mano el velo del Kaabah; 2º orar fervorosamente acompañando sus oraciones con lágrimas y suspiros; 3º tocar la pared *Multezem*, que está en la Piedra Negra y la puerta del santuario, poniendo primero el pecho, y luego el vientre y la mejilla derecha al ejemplo de lo que practicó el mismo profeta; 4º retirarse con el rostro vuelto constantemente hácia el santuario; y 5º salir por la puerta el Uada (puerta de la Promesa) despues de haber besado con el mayor respeto sus umbrales.

Estas prácticas principales de la peregrinacion se hallan mezcladas con otras muchas, como excursiones ó procesiones fuera de la ciudad, visitar al Oumré, capillita situada en medio de una llanura á dos horas al Norte de la Meca, de la celebracion de la fiesta de los Sacrificios (Aid-Adha ó Kurban-Bairam), una de las dos grandes fiestas religiosas del islamismo, etc.

Mahoma estableció de un modo invariable y permanente el dia en que todos los años se habian de celebrar la fiesta de la Peregrinacion y la de los Sacrificios. Fijó esta época á principios de marzo, á la aproximacion de la primavera, con el doble objeto de hacer ménos penoso el viaje á los peregrinos y de facilitar al mismo

tiempo el trasporte y la venta de sus géneros. Por esto vemos que la peregrinacion fué en su origen una institucion no ménos política que religiosa, pues favorecia el comercio creando en el desierto un inmenso mercado, fuente de riqueza y de prosperidad para los pueblos miserables donde el hábil legislador vivió mucho tiempo guardando camellos.

Nada es comparable al celo y al afan de todos los pueblos que profesan el islamismo para llenar ese deber impor-

á que hoy se considere todavia como absoluta é indispensable la precision de visitar por lo ménos una vez en la vida el templo de la Meca. Para emprender esa peregrinacion, los musulmanes vencen con una constancia sorprendente los azares y dificultades de un viaje largo y pesado. Así cada año se ven mas de cien mil de todo sexo, edad y condicion, encaminándose de las diferentes comarcas de la Europa, del Asia y de Africa hácia el Kaabah de la Meca. Hay años en que el número de los peregrinos llega á ciento cincuenta mil. Segun una opinion popular, jamás puede haber ménos de setenta mil, porque es número fijado por los decretos del cielo, y si alguna vez fuese menor, los ángeles suplen la falta de un modo invisible y milagroso.

El gran cuerpo de los peregrinos reunidos en Damasco marcha bajo la escolta de un verdadero ejército que se halla encargado de protegerlos contra los ataques de los árabes errantes, sobre todo en los desiertos de la Siria y de la Arabia, y que los conduce hasta la distancia de tres jornadas de Medina. Aquí los peregrinos se reunen con los de Africa que marchan igualmente bajo la guarda de uno de los primeros beys de Egipto. La salida de la caravana que marcha del Cairo en los últimos dias del mes de diciembre y que pone cuarenta dias para llegar á la Meca, se verifica con mucho aparato. El dia prefijado, todos los peregrinos acampados en tiendas fuera de la puerta de las Victorias, se pone en camino llevando á su cabeza el camello (mahmel) con la alfombra que regalan cada año á la ciudad del profeta. Cada dos ó tres años, los súbditos del emperador de Marruecos efectúan tambien el viaje en corporacion, guiados por un oficial de ese monarca. Los mahometanos de la Persia, del Japon, de las Indias y del resto del Oriente, marchan por lo comun en cuadrillas hácia

la Arabia, provistos de lo que necesitan para la seguridad y comodidad del viaje. Llegados á las tierras de la Arabia, todos en general descansan en la vigilancia y los cuidados del cherif de la Meca, que responde de ellos.

El cherif de la Meca recibe al cuerpo de los peregrinos á la cabeza de tropas inmensas encargadas de vigilar por ellos durante las paradas fuera de la ciudad, sea antes, sea despues de la celebracion de la fiesta de los Sacrificios, como tambien de mantener el orden entre los



Peregrinos de la Meca en su travesía.

tante de su culto. Las antiguas tradiciones relativas al origen del Kaabah, la profunda y constante veneracion de los árabes paganos por ese tabernáculo, la política de Mahoma en consagrar esas mismas opiniones, y presentar la visita del santuario como un precepto divino y uno de los principales artículos de su doctrina; la devocion con que él mismo daba cumplimiento á este deber, y por último, el ejemplo de sus discípulos, de sus sucesores y de los musulmanes de todos los siglos concurren



Caravana de la Meca.

mismos peregrinos. Todas las prácticas tan austeras como minuciosas que constituyen la peregrinacion se terminan con fiestas y regocijos que duran tres noches del

Estas palabras fueron depositadas en el seno de esa piedra por el mismo Sér Supremo. Por eso la Piedra Negra, segun las expresiones del Alcoran, es un rubí del paraiso: será enviada en el último dia; verá, hablará y dará testimonio de todos aquellos que la hayan tocado en verdad y con toda la sinceridad de su corazon.

Bairam, y durante las cuales el cherif de la Meca, los bajás de Damasco y de Egipto mandan tirar millares de cohetes, en tanto que una buena parte de los peregrinos, sobre todo los egipcios y los árabes, se divierten entregándose á mil juegos.

Todo musulman resuelto á emprender la peregrinacion se llama *hallal* (principiante) hasta el momento en que toma el *ihram* en una de las estaciones de las cercanías de la Meca. Una vez cubierto con ese manto tiene

ya el nombre de *mohrim*, al que sucede el de *hadj* que significa peregrino. Al punto que ha cumplido con todas las prácticas requeridas para ese acto religioso, esta denominacion de *hadj*, que la religion concede á todos los que han visitado el santuario, se vuelve una especie de sobrenombre que los peregrinos de todo estado, rango y condicion conservan por el resto de sus dias. A esta prerogativa que les concilia una especie de veneracion pública, se une tambien la de dejarse crecer la barba

como una práctica consagrada por la ley y por el ejemplo mismo del profeta.

En tiempo de la dominación turca, la época ordinaria de la salida de Argel para la peregrinación de la Meca era por el mes de noviembre, á fin de que los peregrinos llegasen á tiempo al Cairo para reunirse con la gran caravana que sale de esa ciudad. La peregrinación se hallaba autorizada por el dey en una reunión del Medjlis (tribunal de los ulemas), que se convocaba á este fin y á cuyo seno era llamado el ukil (administrador) de la corporación de la Meca y Medina. Este entregaba á los inútiles sumas destinadas á los pobres de esas ciudades que ascendían cada año á unos dos mil pesos. Este dinero se confiaba después por partes iguales á cada uno de los peregrinos que tenía que entregarlo en la Meca á un tesorero, que era considerado como el jefe de la caravana de Argel. Esta caravana se componía de unos cuatrocientos peregrinos que se reunían en Argel de todos los puntos de la regencia. Los árabes que habitaban las comarcas más próximas al desierto, se juntaban con la caravana de marrocos que atravesaba una parte del Sahara con dirección á Alejandría. Estos viajes se hacían ordinariamente en uno ó varios buques de transporte, fletados por comerciantes de Argel; todos los peregrinos pagaban su viaje, excepto el tesorero y los hombres de su servicio.

En el momento de la salida de Argel, el ukil de la Meca y Medina entregaba al tesorero el estado nominativo de las personas de la ciudad santa que tenían derecho á los socorros anuales enviados de Argel. La suma susodicha se aumentaba á veces con los donativos hechos por altos funcionarios de la regencia. Cuando la caravana llegaba á su destino, el tesorero distribuía los fondos á las personas designadas, en la proporción de un tercio para los pobres de la Meca y de dos para los de Medina.

En caso de fallecimiento de una de esas personas, los herederos tenían derecho á su parte. Si en la travesía moría un peregrino, el tesorero se aprovechaba de sus efectos, los vendía, tomaba un derecho de diez por ciento, y daba cuenta á su regreso de las sucesiones que había recogido.

Ningun envío de mercancías se expedía de la regencia, cuyo comercio de exportación era casi nulo; pero los artículos de Hedjaz (nombre de la provincia donde está la Meca) eran importados en gran cantidad y daban un beneficio importante al comercio argelino, como verbigracia, el ámbar, la perla, los cachemiras, el café moka, el almizcle, la concha, los rosarios y las telas estampadas de Damasco.

Después de la conquista de Argel por los franceses, las peregrinaciones se interrumpieron durante algunos años; pero luego que la obra de pacificación se fué extendiendo, el gobierno francés no quiso que los indígenas pudieran ver en esta omisión de una práctica que tanto ellos respetan, una prueba de su desprecio ó al menos de su indiferencia por sus costumbres y su religión, y lejos de oponerse á ella, la favorecieron poniendo á la disposición de los peregrinos los buques suficientes para la travesía. En 1842 principiaron de nuevo las expediciones de peregrinos, á costa del Estado, y se han continuado sin interrupción hasta el día.

J. P.

EL MONTERO.

NOVELA DOMINICANA.

I.

En ese gran recodo que el mar hace al Este Nordeste de la isla de Santo Domingo, cuyo nombre de bahía Escocesa dado por los franceses no ha podido prevalecer á despecho de mapas, hay un lugarejo nombrado Matanzas, que tiene un puerto pequeño siempre hambriento de buques que nunca se toman la pena de anclar en él.

Dos ó tres casas esparcidas habitadas por monteros, un fuerte con un cañón y un pequeño arsenal, hé aquí cuanto hay del hombre en ese lugar.

Pero si dirigimos la vista alrededor, la naturaleza compensa esta pobreza, desenvolviendo uno de los más imponentes espectáculos. La bahía abarcando una curva de veinte leguas, cuyas puntas rematan con el cabo Samaná y el cabo Viejo Francés, ve las agitadas olas del océano Atlántico luchar contra el débil dique de arena, cuya base es una prolongación de las demás, bastardas hijas de la cadena de Montecriste. Dos leguas separan á Matanzas de la embocadura del Nagua, depósito abundante de enormes piedras; y cuatro dista del Gran Estero, uno de los infinitos caños que el Yuna arroja de su seno para entrar en Samaná exausto con tantas sangrías. El gran Estero, refugio de millares de patos silvestres, garzas y otras aves acuáticas, derrama compitiendo con su origen todas sus aguas en los valles de la falda oriental de la montaña y forma mil pantanos conocidos y llamados por los naturales Madres Viejas, en las que juncos, berros y grama crecen con una lozanía extraordinaria.

El terreno de todos estos sitios, salvo los ya dichos cenagales, está sembrado de esa robusta, rica y variada

vegetación de Santo Domingo. Bosques de limoneros, majagua y uberos cubren el litoral con una entrada de doce leguas al interior, y sirven de guarida á una infinidad de puercos montaraces, cuya caza es la ocupación de todos los habitantes que pueblan ese espacio, y el producto de las carnes la única renta que poseen (1).

Era una apacible tarde de otoño, el sol se escondía por detrás de la elevada cima del Helechal; la brisa de mar que todo el día había jugado mansamente en su vasta planería, acababa de ceder su lugar al terral; el Océano en su continua lucha exhalaba su poética é interminable queja al estrellarse entre las rocas, y las tórtolas y pelicanos se agrupaban en sus dormitorios favoritos. Esta hora tan melancólica, intermedio de la luz y las tinieblas, es uno de los cuadros en que la naturaleza presenta más tintes que observar y grandezas que admirar, pero ni una ni otra cosa hacia un hombre que salió de uno de los bohíos del lugar y se sentó sobre una piedra que á la entrada de la puerta había. Nada hay más toseco que la fisonomía de este individuo: la grande y poblada barba que circunvala su ancha y aplastada cara, caía sobre su velludo pecho y le daba el aire de un escapado de la cárcel, sus narices eran chatas y su boca grande y gruesa, en fin, un conjunto feo, pero que denotaba fuerza y salud. Su traje era el de los monteros en general: chamarreta de burda tela de cáñamo con calzones de lo mismo sujetos á la cintura por una correa con su hebilla de acero, machete corto de cabos de palo y vaina de cuero, cuchillo de monte, eslabon de afilar pendiente de la correa y con una cadenita de hierro, hé aquí el vestido; agréguese que según la atinada precaución de los monteros para evitar los estorbos de sombrero entre zarzas y malezas, cubría su cabeza un gorro de paño que en su primitivo origen debía ser negro, pero que la intemperie y la grasa habían puesto de color dudoso, y se tendrá el vestido de nuestro hombre.

Hacia como diez minutos que estaba sentado, cuando una voz femenina y cascajosa salió del interior que dijo:

— Juan, ¿todavía no llega Manuel? ¿no lo alcanzas á ver? él que no acostumbra á dilatarse tanto en el monte y no haber llegado hasta ahora.

Estas palabras parece pusieron de mal humor al que estaba sentado en la puerta y que había sido interpelado con el nombre de Juan, pues frunció el ceño y murmuró: — Cuidado que la vieja se inquieta por ese mequetrefe, no parece solo que ya es...

El soliloquio fué interrumpido otra vez por la misma voz que volvió á decir:

— En que piensas, Juan, que te pregunto si alcanzas á ver á Manuel y no respondes.

— Señora, yo bien la oí, pero como no columbraba al muchacho, me pareció inútil responderle, mas oigo uno que canta y creo que es él; por lo demás el muchacho es bastante grande para no perderse, y así no había porqué apurarse.

— Parece, Juan, que olvidas los peligros de tu profesión, cuando supones la caza de los jabalíes sin peligros, y cualquiera al oírte supondría que no has hecho conocimiento con sus colmillos.

— Cómo dice Vd., señora Teresa, que yo no conozco sus navajas. ¡Válgame la Virgen! si no sé como estoy vivo, bien lo sabe Vd., de la terrible herida que me dió aquel que no podían cargar cuatro hombres y Manuel. Preciso será mudar de pellejo para borrar la señal que me dejó en este muslo.

— Bien, ya conozco la voz de Manuel, y aunque sé su valentía y su destreza, sin embargo cuando no llega á la oración, me inquieto, porque ya tú ves que quien va á ser mi...

— Bueno, bueno, no es menester más explicación; ya lo sé.

A esto un joven como de veinte años, vestido con el mismo traje que describimos en Juan, apareció en un sendero, solo que en lugar de tener los pies desnudos y la cabeza cubierta con un gorro de paño, venía calzado con botines de garras de puercos montés, cosidas con corteza de majagua y se cubría con un pañuelo de cuadros azules enlazado detrás de la cabeza; por último, un hermoso perro de color pardo trotaba junto á él tirado por una cuerda de cabulja envuelta en los cabos del machete.

A medida que se acercaba se oía más distintamente la copla que cantaba en uno de esos aires populares de Santo Domingo, tan sencillos y armoniosos como las antiguas melopeas.

— Buenas tardes, Juan, dijo el joven concluyendo su copla y acercándose á la puerta.

— Buenas tardes, Manuel, qué tal; los jabalíes han huido del monte, que ya los monteros van por ellos y vuelven vacíos.

— No se chancee, camarada, los jabalíes todavía se encuentran, pero hoy he estado de mala suerte; uno que perseguía desde esta mañana, después de hacernos correr todo el día á mí y á mi perro, acabó por tirarse en la Madre Vieja del Helechal, donde le perdí de vista en medio de la enea; pero no triunfará mucho, pues mañana espero traer colgadas sus dos bandás á la espalda.

(1) Propiamente hablando no hay jabalíes en la isla, pero los verracos montaraces cuyos cazadores vamos á describir presentan todos los caracteres que distinguen á aquel del cerdo domesticado; por eso no hemos temido emplear la palabra jabalí cada vez que se trate del verraco simarrón.

— Ave María, dijo entrando en el bohío una joven que venía de la cocina con un manojo de madera resinosa ardiendo.

Estas palabras impusieron silencio á nuestros interlocutores, quienes entrando también, rezaron el Ave María, llevada por la sonora voz del amo de casa que hasta entonces había guardado silencio. Durante seis minutos se oyó el cadencioso sonido del rezo, y cuando llegó el final — Sin pecado concebida — una vocería tumultuosa pidiendo la bendición á las personas mayores se armó entre cuatro muchachos de ambos sexos que arrodillados estaban.

Restablecido el silencio entre los niños, volvieron juntos con la joven á la cocina dejando el haz de pino encendido para alumbrar la sala del bohío.

II.

Componiase el ajuar de esta: de cuatro ó cinco rollos de seiba que servían de sillas en competencia con una *barbacoa*, mueble formado por cuatro estacas clavadas en el suelo, soportando dos cortos palos atravesados, sobre los que descansaban cinco tablas de palmas barnizadas por el continuo frote de los cuerpos. En un rincón cuatro calabazas llenas de agua, encima de las cuales descollaba una pirámide de jícaras, compitiendo en blancura con la porcelana, y que colgadas por los extremos á las espigas de dos trozos de limonero colocados en cruz, denotaban el aseo del ama de casa. Esto es una de las particularidades en que la mujer del montero pone más conato y lo que da la medida del buen orden de un bohío. En las soleras estaban fijas varias quijadas de jabalíes en cuyos retorcidos colmillos descansaban; macutos, cinchas y jáquimas, en fin, dos bateas y una mesa coja, pero muy limpia, completaban el resto de los muebles.

Los materiales empleados comunmente en la construcción de los bohíos son: horcones que soportan en sus ganchos la poca trabazón de la máquina; las soleras están adheridas á la viga y á las varas por delgados bejucos; las paredes las forman tablas de palmas arriadas unas á otras y amarradas, ó por mejor dicho, encadenadas á varas transversales con el mismo bejuco. Los habitantes de las costas, donde los mosquitos abundan como en ese lugar, á fin de dejar más espacio libre por donde el viento pueda penetrar, cortan las tablas media vara más baja que la solera para que el ímpetu de la constante brisa de mar acarree esos molestos insectos. Las puertas de los bohíos unas veces se cierran, otras no, según la cantidad de animales domesticados que recorran sus alrededores. Si se cierra y la puerta es vertical, se hace con sogas al tiempo de acostarse ó de salir todos, la misma operación que se efectuó con bejucos para todo el seto; si la puerta es horizontal ó de palenque como comunmente la llaman, con solo añadir cuatro ó cinco trozos de palo cruzados á los eternamente interpuestos, queda la puerta defendida de las irrupciones de vacas y demás animales domésticos, que no descansan de noche en busca del alimento.

Escusado es añadir, en vista de esta sencilla construcción, que los monteros son los que fabrican sus viviendas, y que el único instrumento de que se valen es el corto machete de trabajo que también sirve para sus cacerías y hasta en caso fortuito para su defensa, razón porque tampoco es de extrañar que el machete y el montero sean tan inseparables, que puede decirse es uno de sus miembros.

El bohío no tiene más que un seto interior que divide el aposento de la sala. En esta última se come y se hacen todos los oficios caseros concluyendo por servir de noche de dormitorio á los peones del patron. El primero está únicamente dedicado al reposo del amo de casa, su mujer ó hijos, y sus muebles son los siguientes: una *barbacoa* más ancha que aquella de la sala, sobre la que está tirado un colchon relleno, unas veces de hojas de plátanos, otras de lana vegetal y que sirve de cama al amo, su esposa y al niño que está al pecho; otra *barbacoa* del mismo tamaño con un cuero de novillo por colchon y que sirve de lecho á la demás familia arropada con una sábana, sease cual fuere la cantidad de individuos acostados. La ropa de gala está guardada en un cajón carcomido y en una ó más petacas de llaguas; la de trabajar está colgada delante de las camas sirviendo de cortinas ó de un cordel flojo amarrado por los cabos á un rincón.

Cualquiera que no sea curioso ó no esté ducho en las costumbres de la gente en cuestión, creará que no hay ninguno de los objetos necesarios al uso casero de una familia, pero se equivocaría de medio en medio si tal juicio formase, pues con solo levantar la colcha que cubre la cama principal se toparía con gran cantidad de objetos cuya exposición entra á veces en los hábitos de algunos habitantes de las ciudades, aunque nuestros monteros, tal vez más cuerdos, prefieren librarlos de la petulancia arruinadora de los muchachos: platos, tazas, jarros, cucharas, ollas, todo está escondido debajo de la cama, aguardando la ocasión de una visita importante ó el matrimonio de un miembro de la familia para ver la luz del día.

Hecha esta descripción indispensable, volvamos á las personas que pusimos en escena. La sala del bohío estaba alumbrada por el manojo de pino encendido que descansaba en el medio sobre una piedra, y un muchacho se ocupaba en quebrar de cuando en cuando

las puntas, que ya carbonizadas disminuían la escasa luz que arrojaba. El que había llevado el Ave María y que parecía un hombre como de sesenta años, aunque fuerte y bien conservado, estaba acostado en una hamaca tejida de delgadas cuerdas de majagua. Vestido en la misma forma que Juan y Manuel, se diferenciaba en mas limpieza y en una pipa de barro, cuyo humo saboreaba por un corto tubo de copedillo.

Manuel, despues del Ave María, amarró su perro á una de las horquillas de la barbacoa, y arreglando su machete entre las piernas con un ademán característico, se sentó sobre dicho mueble, balanceando suavemente sus piernas en el aire.

Juan volvió á tomar la misma postura de ántes, con la cara vuelta á la sala, solo que á cada rato fruncía el ceño, y una contracción de ira sacudía su persona cada vez que la jóven que había traído la luz y preparaba la cena llegaba de la cocina á buscar alguna cosa necesaria á su tarea, y que mientras la buscaba y la hallaba, dirigía una mirada de soslayo á Manuel.

— Créntame, muchacho, dijo el hombre que estaba acostado en la hamaca y que era el patron de la casa, cómo has hecho para venir hoy con las manos vacías.

— Tal vez Manuel cogió miedo de andar solo, dijo Juan, cuando está acostumbrado á montear con un compañero que se esponga á los peligros por él.

— Válgame la Virgen Santísima, Juan, contestó el mancebo saltando de la barbacoa y encaminándose hácia el interruptor con la mano derecha sobre el cabo del machete, yo pienso que por Vd. verme en estas carnes supone que tengo miedo, y por esa luz que nos alumbrá le aseguro que ni á Vd. ni á los jabalíes se lo tengo, y si no fuera por el respeto que debo á la casa en que estamos, yo le haría ver que no soy mozo que le huyo al hierro.

— Yo no hablo entre la gente, replicó Juan levantándose tambien, yo voy todos los dias al monte y estoy dispuesto á ir ahora, con que así...

— Qué gorgona es esa, muchachos, dijo Tomás, no creo que Vds. vayan á pelear porque uno fué al monte y no trajo carne, eso sucede todos los dias, y tomara yo de pesos fuertes las veces que he ido en valde á montear. Vamos, Vds. son amigos, así estaos quietos. Hola, Teresa, continuó volviéndose á una vieja sentada en un rincón, que murmuraba las multiplicadas repeticiones de un tercio; hazme el favor de traer la botella de aguardiente que compré el sábado en el pueblo.

Teresa, mujer de Tomás y de su misma edad, con polleras de algodón azul y collar de cuentas amarillas, se levantó, fué al aposento y volvió con una botella de aguardiente de caña y una jiquerita muy blanca que puso sobre la mesa.

— Vamos, amigos, prosiguió el patron, vengan á tomar un trago y que no se hable mas del asunto; Vds. son amigos, yo lo soy de ambos, y en fin, por lo que ibais á pelear es una bagatela que ni aun nombre puede dársele. Diciendo esto, Tomás alargaba la jiquerita con aguardiente á Juan, que la tomó y sin cumplimiento se tragó el contenido.

Tomás volvió á echar, y la presentó á Manuel que hizo lo mismo que Juan, despues echando para sí y bebiéndose, llamó de nuevo á Teresa para guardar la botella.

— Pues ahora que ya los dos estais contentos, dime, Manuel, si podrás responder á lo que te pregunté.

— Sin duda, señor Tomás. Esta mañana salí como Vd. bien sabe con mi perro; me metí por el caño y caí á la orilla del Nagua, no hacia media hora que había pasado el río é internándome en el monte del Factor, cuando Manzanilla presidente un jabalí que á poco rato se aparece en un majagua, con unos colmillos que me decían tenía á lo menos cuatro años. Mi perro, como digo, en cuanto lo olfateó, empezó á ladrar, lo solté, pero el jabalí se aculó á un árbol y no lo dejaba aproximarse; mientras oía el ruido que hacia afilando sus navajas y acechaba un lugar favorable para abalanzarme á él y clavarle el cuchillo, dió un furioso salto sobre mi perro, que se tiró á un lado para evitarlo. — ¡A él, Manzanilla, á la oreja! — pero, puff... dió otro salto y echó á correr como una hala; mi perro corre tras él, yo tras mi perro: corrimos dos horas, yo casi no los percibía, cuando distingo al perro solo parado á orillas del Nagua y venteando. — ¿Qué es eso, Manzanilla, le digo, que lo dejaste ir? — Presto el oído y oigo el ruido de un animal que sale del agua huyendo. Manzanilla corre para arriba, para abajo, buscando un bajadero, lo halla, pasa, se abalanza chorreando agua tras él, y oigo que trabaja y lo acosa hácia donde yo estoy, detrás de un árbol esperándolos; pero él muy maldito me vió y empezó otra vez á correr por las laderas del Helechal, quise alcanzarlo, mas en vano, se tiró á la Madre Vieja y me costó parar. Sin embargo, mañana vuelvo, y á menos que no esté encantado, sabrémos qué gusto tienen sus costillas.

— Escucha, dijo Juan, con una mirada llena de rencor que el aguardiente no había extinguido y que escapó á sus oyentes, mañana te acompañaré y verémos si se nos escapa á los dos.

— Si es con ese solo objeto que Vd. me acompañará, no necesita molestarse, por ser casi un desafío que hay entre mí y aquel animal, y por consiguiente yo solo trato matarlo.

— No, dijo Tomás, Juan te acompañará, porque yendo dos, llevan mas seguridad de matarlo y tienes menos peligros ó á lo menos una ayuda en tu empresa.

— Por dar gusto á Vd., ya que así lo quiere, convengo en que Juan me acompañe, aunque repito que no hay necesidad.

Acababa la jóven que disponia la cena de traer tres platos llenos de sancocho de tocino, que puso sobre la mesa al lado de tres cucharas de jiguero, y ejecutadas estas operaciones, con ayuda de Teresa acercó la mesa á la hamaca del criador para que este pudiera comer sin moverse de su sitio. Tomás llamó á los monteros, quienes despues de haber acercado sus asientos que no eran otros que dos troncos de los cinco que había en la sala, se lanzaron ansiosos cada uno sobre su plato de tal manera, que á poco rato solo quedaban los huesos, que la jauría del criador roía gruñendo.

III.

Tiempo es ya de dar á conocer á la jóven que se había ocupado en la cocina hasta entónces y que acababa de sentarse en la sala concluidos aquellos quehaceres. María era la hija mayor de Tomás, criador y dueño del rancho abundante de Matanzita y quien se había casado muy tarde, es decir, pasado los cuarenta. Tenía diez y ocho años, y aunque no podía pretender un lugar eminente entre las hermosas, no por eso dejaba de ser una fresca y agradable jóven. Su color era bronceado por la raza y por el sol, pero su cutis era fino y terso; sus piés y manos tenían la piel dura con los afanosos trabajos del campo, pero eran pequeños y finos; su boca era grande, pero sus dientes pequeños y blancos; en fin, su talle tenía aquellas riquezas de formas que encienden en los viejos solterones los malos pensamientos, y que hacian de María una de esas muchachas que todos los dias vemos y que tan agraciadas son.

Criada á catorce leguas de toda poblacion que mereciera el nombre tan solo de aldea, María no había visto por la incuria de sus padres, pueblos, ciudades, ni otros hombres que criadores y monteros. Las ideas en que había crecido eran una supersticion sin el menor asomo moral, justo ó injusto. Conservaba su inocencia, porque bajo la vigilancia continua de su madre ni era inducida ni podía cometer faltas. En esta vida semisalvaje, no aseguraria que la jóven dejase de tener un corazón tan amante y ardiente como el de cualquiera señorita bien educada, pues sabido es que la educación no es la que engendra la constancia, ni son las ciudades las que poseen pechos de sentimientos delicados y duraderos, pero á lo menos María no había encontrado una persona que hiciese latir su corazón á la dulce palabra de amor ni que desarrollase su tal vez oculta sensibilidad.

Llególe por fin este momento con la aparición de Manuel en la casa. Hijo de un amigo de Tomás que lo mandaba cuidar un rancho que poseía vecino al del criador, Manuel fué recomendado vivamente al cuidado de este. Invitado á permanecer en la casa mientras fuese relevado, aprovechó ansiosamente esta oferta, porque la vista de María le había causado una agradable impresion, esta impresion fué prontamente trocada en un ardiente amor, que no encontró dificultades en ser correspondido. En las gentes de los campos, aparte esos seductores que donde quiera se hallan, existe una buena fé en el sexo masculino que no le deja entrever la posesion de una hija de familia honrada, solo por medio del santo lazo del matrimonio. Así fué, que no bien se hubo convencido el jóven de que era amado, cuando confió á su padre la idea que tenía de enlazarse con María, y su padre que estaba estrechamente unido por la amistad con Tomás, acedió gustoso y pidió para su hijo la mano de la jóven, que le fué concedida.

Decimos que Manuel encontró facilidad en hacerse amar de María, pero no queremos dar una triste idea de la resistencia de la jóven, porque aunque la larga resistencia de una mujer prueba en nuestro concepto vanidad en prolongar la humillacion de un hombre, mejor que virtud; no entra en los hábitos de las jóvenes criadoras esa coquetería y larga simulacion que hace á una niña de la ciudad resistir á los ruegos del hombre que ya ama, dándose por excusa á sí misma, que el pudor no le permite confesarlo ó que quiere probar la constancia del pretendedor; pobres muchachas que mal excusan la pérdida de un tiempo que malgastan, cuando la vida es tan corta y tan raros los momentos que se nos presentan de ser felices.

Entre criadores y monteros, los jóvenes se declaran el amor, primero con los ojos, como en todas partes, luego el hombre apoya fuertemente un pié sobre el de la mujer, y esto equivale á una declaracion circunstanciada y formal; si la mujer retira el pié y queda seria, rehusa; si lo deja y sonríe, admite; en este último caso se agrega — Quieres casarte conmigo, — y si una necia risa acompañada de un bofetón le responde, trueca un anillo de oro ó plata con ella y quedan asentadas las relaciones amorosas, pasándose á dar los pasos al matrimonio necesarios.

En el campo, donde las conversaciones á solas pueden ser tan frecuentes, un seductor hallaria todo el lugar necesario para la consecucion de sus designios, pero esta libertad no es aprovechada por lo comun del montero, que necesita salir de su estado normal para arrojar la timidez que se le redobla con el amor, y vestirse con esa capa de osadía que posee el hombre del mundo. El fandango es la arena de las declaraciones, pero aun para esto se necesita subir una escala á cuyo remate rota la declaracion.

¿Y qué es el fandango? se preguntará. ¡Oh! que no se vaya á interpretar por el fandango andaluz ó de otro pueblo ó otra raza que no sea la de los monteros. El fandango no es una danza especial; el fandango son mil danzas diferentes, es un baile en cuya composicion entra: un local entre claro y entre oscuro, dos cuatros, dos güiras, dos cantores, un triple, mucha bulla, y cuando raya en lujo, una tambora.

Si queréis verlo os voy á conducir. Veis la sala, dos velas de cera parda pegadas á dos clavos la alumbran. En ese rincón donde mas apretado está el grupo de hombres que ocupa la mitad del local, apoyados en sus sables ora desnudos, ora envainados, está la orquesta. Abríos paso y veréis: primero, dos individuos cada uno empuñando con la siniestra una calabaza delgada, retorcida y surcada de rayas á una línea de distancia, mientras que con la diestra pasean por las desigualdades de los surcos y al compás una pulida costilla de jabalí; las calabazas son güiras, los que las tienen músicos de acompañamiento y cantores: ahora bajad la vista y veréis los verdaderos músicos sentados en un largo banco con las piernas cruzadas, cada uno trae un cuatro, instrumento de doce cuerdas en que alternan bordones y alambres y de sonido un poco bronco. Volved á salir al lugar vacío que aunque estrecho nunca lo desocupa un galán y una dama. La mujer se levanta sin previa invitacion y se lanza girando al rededor del círculo donde pronto la acompaña un hombre destacado del grupo de la orquesta: ella va ligera como una paloma; él va arrastrando los cabos de su sable y marcando el compás ya en precipitados, ya en lentos zapeateos: la mujer concluye tres vueltas circulares, y entónces avanza y recula hácia el hombre que la imita siempre á la inversa en aquellos movimientos, y aquí es donde él prodiga el resto de su agilidad y conocimiento de esta danza conocidos con el nombre de puntas. Tan pronto imita el redoble de un tambor como el acompasado martillo de un herrero, ó por fin con mas suavidad el rasgueo de las güiras. Por último, despues de diez minutos concluye la dama con una pirueta en guisa de saludo, y el galán tira una zapatela en el aire y cae con los piés cruzados.

Este baile tiene algunas veces el nombre de Sarambo y otras de Guarapo, distincion apoyada en tan pequeñas variaciones que está por demás enumerarlas.

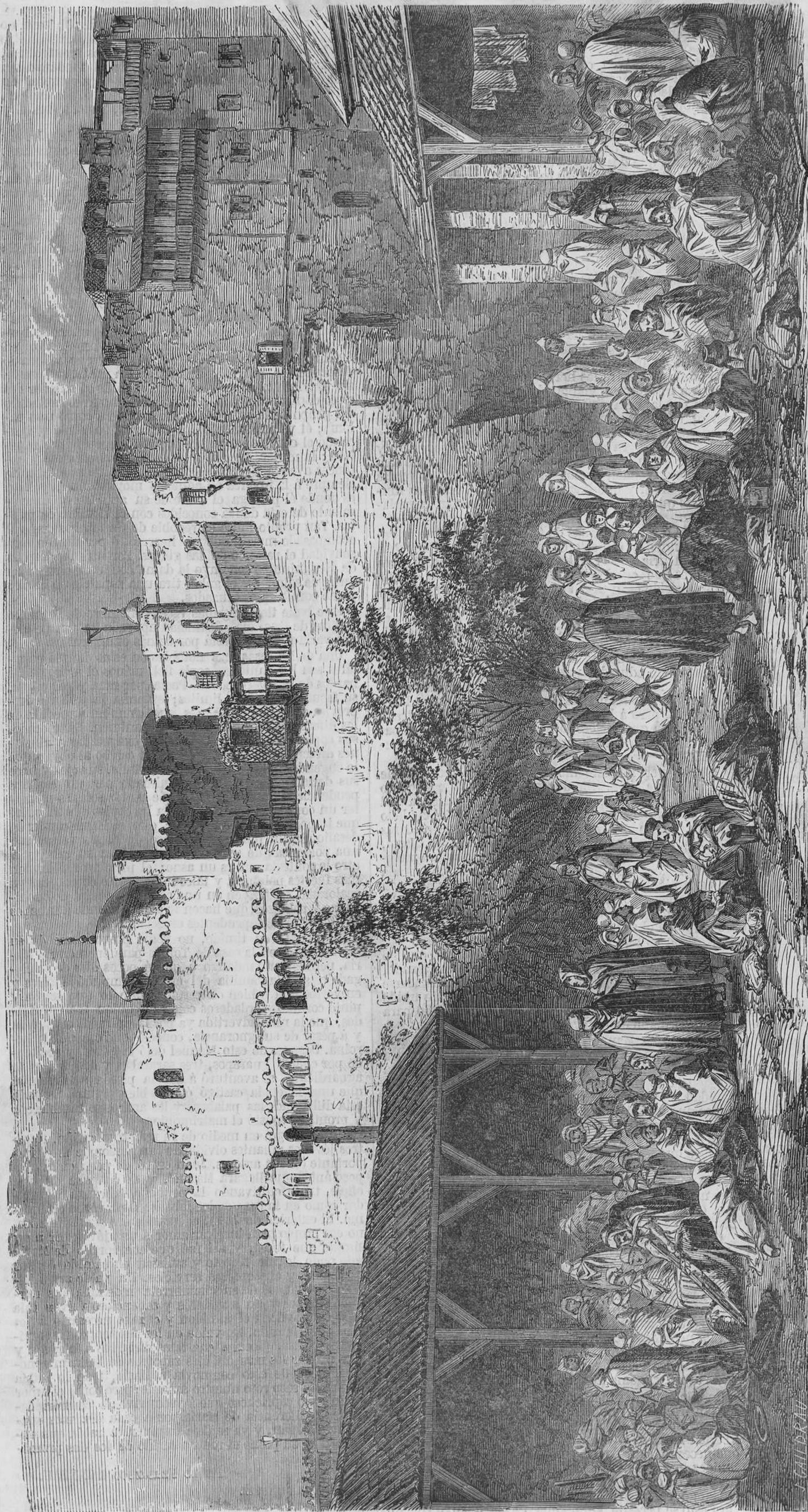
Una de las cosas mas notables en estas danzas populares son los cantores, copia fiel, ménos el arpa, de los bardos de la edad-media. Poeta por raza y por clima, su facundia no tiene límites; empuña la güira ó improvisa cuartetos y décimas que cambian á medida de los diferentes sentimientos que lo animan. Enamorado, sus coplas respiran comparaciones exageradas y alusiones directas para hacer conocer su cariño al objeto que lo engendra; alaba sus cabellos, su talle, sus ojos y hace sus declaraciones rimadas. Animado por un espíritu pendenciero, entónces no puede cantar solo, es menester un compañero que responda las coplas que sabe, las que improvisa y las que glosa; esto se llama cantar en desafío. Según indica el nombre dado, los versos son una polémica que se suscita: uno alaba su saber y el otro le contesta que es un asno; el primero replica con mas fuertes palabras, y tales impropiedades en cabezas ya acaloradas concluyen en una zambra general de cuchilladas y sablazos, que hacen ir al otro mundo á muchos pacíficos, pero imprudentes espectadores.

Manuel, jóven tímido, no podia prevalecerse de su introduccion en la casa de Tomás para enamorar á María, pero en un fandango á que á pocos dias de su llegada asistió la familia del criador, empuñó la güira y en versos mal ó bien concertados dijo lo que sentía y pintó con tan verdaderos colores á quien iban dirigiéndose, que la niña advertida ya por las miradas del jóven, y á pesar de su ignorancia, conoció que era ella la heroína. Despues de esto Manuel dejó la güira, y acolorado por cuatro guarapos, tres sarambos y dos tragos de aguardiente, se aventuró á dar la pisada sacramental que una bofetada castigó ó mas bien premió. Sanjada esta dificultad, las palabras y los anillos se cambiaron, y pronto se ajustó el matrimonio.

Sin embargo, en medio de su recíproco cariño, nuestros jóvenes amantes olvidaban un personaje muy importante en sus amores. Juan entró de peon en la casa poco ántes que llegara Manuel, y se ocupaba en este oficio, tanto cultivando la pequeña labranza del criador como en la caza de los jabalíes á provecho del mismo. El exterior de Juan, además de sus cuarenta años, no era propio para inspirar amor á una jóven por muy simple que fuese, y así fué que enamorado de María solo pudo lograr respeto y amistad en cambio de sus atenciones y obsequiosos servicios. En valde arrullándose las mangas de su chamarreta mostraba sus nervudos brazos y en agradable y cadencioso vaiven raía la yuca que daba el almidon y cuzabe necesario á los usos de la familia. En valde en los fandangos improvisaba décimas, glosaba cuartetos dirigidas á la jóven y saca á lucir los mas difíciles zapeateos de bailarín conocido, nada de esto conmovia á María, todo lo había echado en saco roto nuestro amante; pero como el amor es un niño caprichoso que á veces vive de contrariedades, la indiferencia de María ponía cada dia mas enamorado á Juan, y ya se deja suponer la rabia que engendró en su pecho el mutuo cariño de los dos prometidos.

PEDRO FRANCISCO BONNEAU.

(Se continuará.)



Campamento en Argel de los peregrinos procedentes de la Meca.

Regreso de los peregrinos de la Meca.

En otro lugar de este mismo número damos un dibujo representando el embarque en el puerto de Argel de los peregrinos que van á la Meca: hé aquí ahora un campamento de ellos en el suelo argelino, despues de su regreso. — El puerto de Argel, dice el autor de la lámina adjunta en la correspondencia que acompañó á su envío, presentaba en el mes último, el espectáculo á menudo descrito, pero siempre curioso de la vuelta de los peregrinos de la Meca. Nadie puede darse por verdadero creyente si una vez en su vida no ha cumplido con esa piadosa peregrinacion. Muchos la hacen todos los años á fin de traficar, aunque prestando un deber religioso. Es un rasgo característico de las costumbres musulmanas, sobre todo entre los arabes.

En el artículo anterior hemos visto como los peregrinos de la Arjelia, de Marruecos y de Túnez, emprenden su caminata por devocion; ahora dirémos dos palabras de los que la hacen por espíritu de comercio.

Los dos buques que acaban de fondear en el puerto de Argel traian á bordo á los devotos de esta última especie, que venian cargados de alfombras, telas, rosarios benditos y armas de valor, pero la aduana les esperaba y sin respeto por el origen de sus preciosas reliquias, y quizá en vista de su futuro destino, embargó las armas y la pólvora. Aquellos que no pertenecian á la provincia de Argel y que aun no habian desembarcado sus mercancías se apresuraron á volver á bordo, y se dieron á la vela hácia un puerto mas hospitalario.

En cuanto á los peregrinos de la provincia de Argel fueron reunidos en unos sitios cubiertos pertenecientes á la aduana á fin de que paguen los derechos que adeudan los demás objetos de comercio que no son las armas confiscadas; allí esperan á los compradores, pues la mayor parte de ellos no podrian pagar los derechos ántes de haber vendido sus mercancías. Esos hombres, viejos casi todos, extenuados de cansancio, envueltos en sus albornoces ántes blancos y nuevos, tendidos en el suelo y dormidos profundamente; otros en grupos preparando el cuscus, otros mas civilizados, mondando coles hasta el troncho y disponiendo el rancho, todo esto gravemente sin decir una palabra: — ese es el cuadro. Se ven allí mas de doscientas cincuenta personas, y es tal su silencio que se habria oido volar una mosca, como se dice vulgarmente.

En otro grupo se ven hombres fumando y cambiando por intervalos algunas palabras; mas allá hay otros arreglando sus mercancías, y por último, los que están ménos cansados se dirigen hácia la puerta para ir á comprar las provisiones y para tratar de esconder algunos objetos menudos, á la mirada escudriñadora del aduanero que está de centinela.

Al recorrer esos diversos grupos, me dirigí á los sitios cubiertos y ví entre un monton de albornoces, de alfombras y de piezas de tela, una cosa que se movía: era una muestra de la mas hermosa mitad del género kabila dando de mamar á un niño, especie de mono tan miserable y escuálido como su nodriza. Esta mujer estaba allí casi desnuda enseñando su pecho flaco y descarnado, y cuidándose muy poco de lo que pasaba en torno suyo.

Llegada la noche, todos esos hombres se reunieron junto á los restos humeantes de su triste comida y ya no se distinguia ninguna forma; parecian costales revueltos; así esperaban el dia para tratar de vender los artículos de que eran dueños á fin de volver á sus montañas, soñando acaso en la dicha de volver á estar con sus familias.